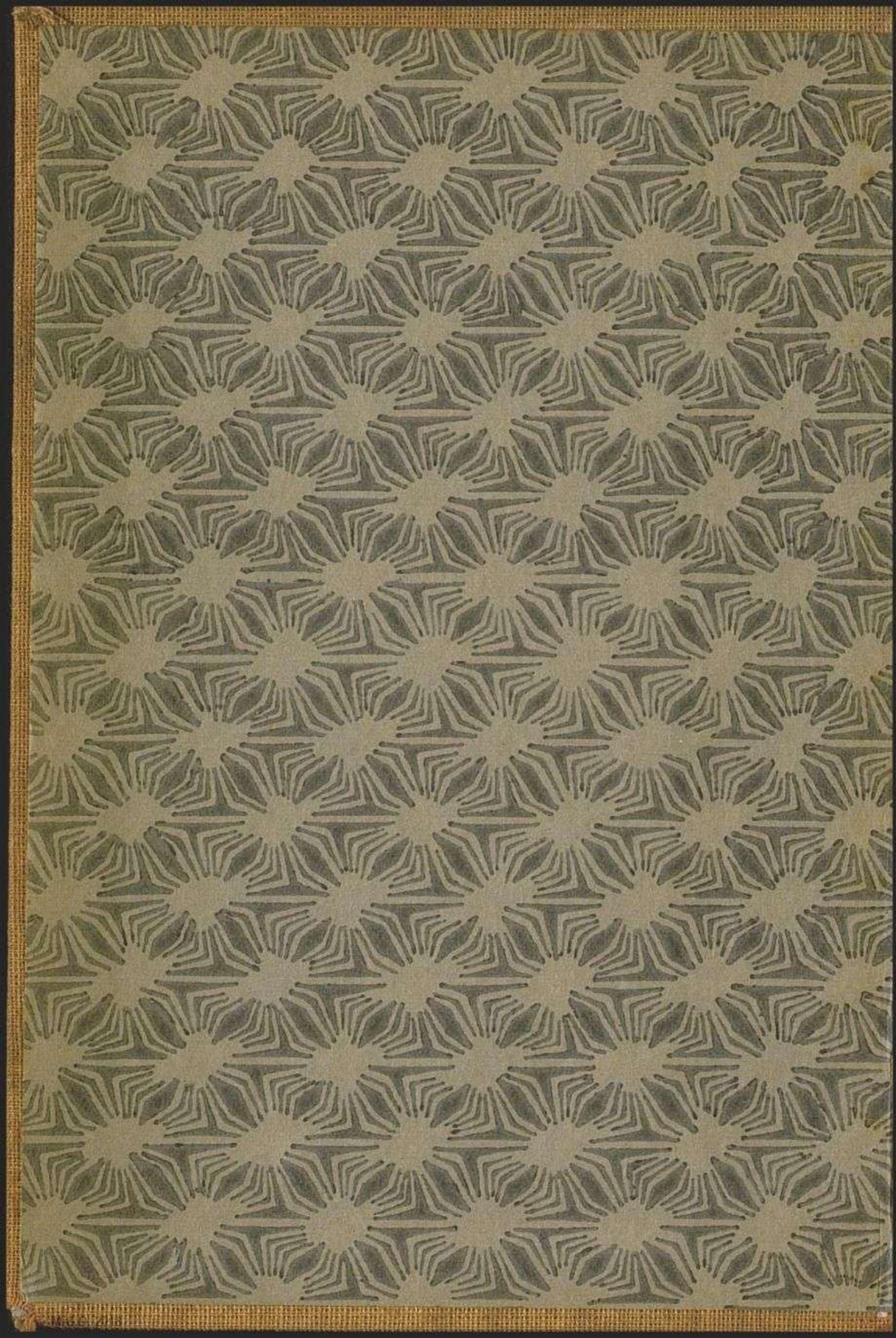


LOPE DE RUEDA



SUS MEJORES OBRAS
AL ALCANCE DE LOS NIÑOS
COLECCION ORTIZ

2



6
17062

LOPE DE RUEDA

SUS MEJORES OBRAS
AL ALCANCE DE LOS NIÑOS

ATENE0 DE MADRID
DONATIVO DE
Jacinto Lopez Gargel
10-4-90

Propiedad registrada

Bolaños y Aguilar (S. L.).—Altamirano, 50, Madrid.

L-17062

COLECCIÓN ORTIZ

LOPE DE RUEDA

Sus mejores obras al alcance de los niños

==== por ====
Emilio R. Sádía



EDITORIAL ESTUDIO
DE JUAN ORTIZ

Marqués de Torrelaguna, 20
CIUDAD LINEAL - MADRID



MARC 4705

R. 117.878
D.

INDICE

	<u>Págs.</u>
Vida y obras de Lope de Rueda.....	7
El santero desollado.....	25
El convidado.....	45
La tierra de Jauja.....	61
Las aceitunas.....	73
Los ladrones.....	85
Los lacayos ladrones.....	109

VIDA Y OBRAS DE LOPE DE RUEDA

A Lope de Rueda le cupo la honra de tener por biógrafo nada menos que al insigne autor del *Quijote*.

“Los días pasados—dice Cervantes en el prólogo de sus *Ocho comedias*—me hallé en una conversación de amigos donde se trató de comedias, y de tal modo las sutilizaron y atildaron, que, a mi parecer, vinieron a quedar en punto de toda perfección. Tratóse también de quién fué el primero que en España las sacó de mantillas y las puso en toldo y vistió de gala y apariencia. Yo, como el más viejo que allí estaba, dije que me acordaba de haber visto representar al gran Lope de Rueda, varón in-

signe en la representación y en el entendimiento.

"Fué natural de Sevilla, y de oficio batihoja, que quiere decir de los que hacen panes de oro. Fué admirable en la poesía pastoril, y en este modo, ni entonces, ni después acá, ninguno le ha llevado ventaja, y aunque, por ser muchacho yo entonces, no podía hacer juicio firme de la bondad de sus versos, por algunos que me quedaron en la memoria, visto ahora en la edad madura que tengo, hallo ser verdad lo que he dicho...

"En el tiempo de este célebre español todos los aparatos de un autor de comedias se encerraban en un costal y se cifraban en cuatro pellicos blancos guarnecidos de guadamecí dorado y en cuatro barbas y cabelleras y cuatro cayados, poco más o menos. Las comedias eran unos coloquios como églogas entre dos o tres pastores y alguna pastora. Aderezábanlas y dilatábanlas con dos o tres entremeses, ya de negra, ya de rufián, ya de bobo y ya de vizcaíno, que todas estas figuras y otras muchas

hacía el tal Lope con la mayor excelencia y propiedad que pudiera imaginarse...

”Murió Lope de Rueda, y por hombre excelente y famoso le enterraron en la iglesia mayor de Córdoba (donde murió), entre los dos coros, donde también está enterrado aquel famoso loco Luis López.”

Lope de Rueda debió de nacer en la primera década del siglo XVI. A juzgar por su oficio, su educación literaria debió de ser poco esmerada, y sólo por su ingenio y su talento pudo llegar a escritor dramático. Cabalmente por entonces nacía la profesión histriónica, en el sentido moderno de la palabra. Las églogas y farsas de Juan del Encina, Lucas Fernández, Gil Vicente y otros no se ejecutaban ya en el templo, como los autos durante la Edad Media, sino en las casas principales, y de aquí pasaron a la plaza pública. Las primeras compañías cómicas se formaron en Castilla a principios del siglo XVI. De Castilla pasaron a otras regiones, entre ellas Andalucía. Lope de Rueda debió de incorporarse en Sevilla a una de aquellas compañías tras-

humantes, y empezó a recorrer ciudades, aprendiendo, como dice Cotarelo, la teoría en la práctica, hasta que, harto de representar personajes ajenos, concluyó por crearlos propios.

En 1554 Lope de Rueda fué elegido por el Conde de Benavente para realzar las fiestas que hizo en honor de Felipe II, al pasar éste por su villa de Benavente cuando fué a embarcarse para Inglaterra. Durante algunos días se obsequió al Rey con toros, cañas, cacerías, torneos a pie, fuegos de artificio e invenciones, especialmente las del 8 de junio, que se prolongaron hasta media noche. En este día se celebró también un festejo dramático, que un testigo presencial (Andrés Muñoz, en su *Viaje de Felipe II a Inglaterra*) describe así: "Y estando algún tanto despejado el patio, salió Lope de Rueda con sus representantes y representó un auto de la Sagrada Escritura, muy sentido, con muy regocijados y graciosos entremeses, de que el Príncipe gustó muy mucho, y el Infante Don Carlos, con los grandes y caballeros que al presente estaban, que eran éstos: Duque de Alba, Duque de Nájera, Duque de Medi-

naceli, Condestable de Castilla, Almirante, Conde de Luna, Conde de Chinchón, Conde de Monterrey, Conde de Agamón, Marqués de Pescara, con otros grandes que de su nombre no me acuerdo. Concluído esto, los ministriles tocaron de nuevo con las trompetas y atabales.”

Esta es la primera fecha cierta que tenemos de la vida de Rueda—dice Cotarelo en el prólogo de sus *Obras*—, pues nos le muestra ya en Castilla autor, o sea director de compañía, y nos declara el sistema de sus representaciones, que era el de hacer una obra extensa (en este caso religiosa), pero aderezada con sus célebres *pasos*, que ya tenía compuestos, pues de uno al menos sabemos que lo estaba hacia 1546.

Por entonces estaba ya casado con cierta Mariana, que, acaso de su marido, tomó el nombre de Rueda. Era Mariana una histrionisa de grandes habilidades, y durante algunos años, antes de casarse con Lope, estuvo al servicio del tercer Duque de Medinaceli, Don Gastón de la Cerda, en Cogolludo. Mariana y otra mujer pasaron por la villa de Cogolludo en el año 1545, camino de Aragón. Como manifestasen que sa-

bían cantar y bailar, el Duque las llamó a su presencia, y satisfecho de la habilidad de la llamada Mariana, le dijo que se quedase en su compañía. Seis años bien cumplidos estuvo Mariana en la casa del Duque, divirtiéndole en cantar, bailar y “decir gracias”, y tan imprescindible llegó a serle, que le hizo cortar el cabello y vestir de paje, “con un jubón y unos zaragüelles a manera de calzas”, y así le acompañaba en las cacerías y viajes, porque “el Duque se holgaba mucho de vella estar en el hábito de hombre”. Pero aunque el Duque le había dicho que le pagaría muy bien sus servicios, y aun la casaría de su mano y con buena dote, falleció sin cumplirlo en su palacio de Cogolludo el 29 de diciembre de 1551. Salió entonces Mariana de aquella casa, con toda la servidumbre del difunto magnate, y muy poco después debió de contraer matrimonio con Lope de Rueda. En demanda presentada en Valladolid el 6 de julio de 1554, Rueda pedía al nuevo Duque Don Juan de la Cerda los salarios de su mujer, a razón de 25.000 maravedises cada año, y obtuvo tres sentencias favora-

bles, la última en 16 de marzo de 1557, condenando al Duque a pagarle 60.000 maravedises por todo.

En 1558 se hicieron en Segovia fiestas para la consagración e inauguración de la nueva catedral, y se llevó al batihoja sevillano para mayor esplendor de ellas.

La permanencia de Rueda en Castilla cesó luego, porque al año siguiente sabemos que estaba en su ciudad natal, donde residió algunos meses y trabajó con su compañía para solaz de sus paisanos.

Viudo de su primera mujer, contrajo Lope segundas nupcias con una valenciana.

La muerte de Lope de Rueda acaeció en Córdoba hacia el año 1565.

* * *

En el *Viaje entretenido*, de Agustín de Rojas, se ve reflejada, como dice Cotarelo, la vida medio pícara y gitanesca que los primeros far-santes arrastraban, teniendo que llevar el ható

al hombro, tocar el tamborino y hacer el bobo en las aldeas más remotas; saliendo precipitadamente de los pueblos, unos a pie y sin capa y otros andando y en cuerpo; fingiéndose mercaderes en determinados lugares; alzándose en otros con los fondos sin hacer la representación, por falta de medios; caminando descalzos; durmiendo por los suelos; comiendo muchas veces hongos y nabos que cogían por los caminos; adoptando los más viles oficios, como ayudar a cargar a los arrieros y cuidar de sus mulos; vistiendo calzones de lienzo sucio, colete bien acuchillado por las muchas roturas, sin camisa y en piernas y mal cubierta la cabeza, aun en invierno, por un gran sombrero de paja "con mucha ventanería". Lope de Rueda mejoró el espectáculo en su parte material, como lo atestigua Cervantes.

El repertorio conocido de Lope de Rueda se reduce a cuatro comedias en prosa, una en verso, tres coloquios pastoriles y dos docenas de *pasos*. Es indudable que Rueda compusó más obras, en especial del género bucólico. Los encomios de Cervantes y Lope de Vega no se compaginan

con lo que hoy existe del batihoja sevillano en ese orden. También faltan algunos de sus pasos.

Para los niños de hoy las comedias y los coloquios de Rueda resultarían aburridísimos. En cambio, los pasos les harán reír y serán muy de su gusto. Por eso en este libro nos hemos limitado a reproducir, ligeramente podados y modernizados, cinco de los mejores pasos de Rueda, que los niños podrán representar fácilmente en familia.

Para que los niños más aventajados y los adultos, en cuyas manos cayere este libro, puedan completar el juicio sobre la obra de Lope de Rueda, añadiremos aquí el argumento de sus cuatro comedias en prosa, tal como lo expone Don Emilio Cotarelo en el prólogo que puso a la edición hecha por la Real Academia Española en 1908.

COMEDIA EUFEMIA.—Leonardo, hermano de Eufemia, sale de su patria, un lugar de Calabria, para buscar fortuna en el extranjero, y llega a Valencia, entrando al servicio de cierto Valiano, ante quien, en diversas ocasiones, pon-

dera y ensalza la belleza y virtudes de su hermana, en términos que su amo entra en deseos de conocerla y tomarla por mujer. Parte un criado a buscarla, pero, envidioso de la privanza de Leonardo, vuelve asegurando a Valiano ser Eufemia indigna de llamarse esposa suya, y alabándose de haber obtenido él mismo sus favores. Enfurecido Valiano, manda prender a Leonardo y condenarlo a muerte; pero noticiosa Eufemia por su hermano de la calumnia y peligro de Leonardo, se presenta en Valencia y fácilmente desenmascara y confunde al impostor, que ni siquiera la conocía, y a quien se aplica el suplicio dispuesto para el inocente, casándose ella con Valiano.

COMEDIA DE LOS ENGAÑADOS.—Dividida en diez escenas, va precedida de una introducción, para iniciar al espectador en algunos antecedentes, expuestos en estos términos: “Si nos prestáis atención, generoso auditorio, oirán un rarísimo y no menos agradable acontecimiento que once o doce años después que Roma fué saqueada aconteció con Verginio, ciudada-

no della. Fué, pues, el caso que, habiendo este Verginio perdido gran suma de bienes y haciendas en el *saco*, y juntamente un hijo de edad de seis años, con Lelia, su hija, nascidos los dos de un mismo parto, se vino a vivir aquí, en Módena, la cual ciudad representa este teatro; a do Lauro, gentil hombre, de Lelia se enamora. Verginio, por hacer cierto camino a Roma, a su hija en un monasterio deposita.”

Al volver Verginio de su viaje, se pone de acuerdo con un antiguo amigo suyo, llamado Gerardo, a quien había prometido en matrimonio su hija Lelia, y dispone que su criado Marcelo vaya al convento a buscarla. Durante la reclusión de la doncella, Lauro se enamora de Clavela, hija de aquel Gerardo destinado a ser esposo de Lelia. Sabe ésta en el convento el cambio amoroso de Lauro, y para estorbar sus nuevos amores se fuga, y disfrazada de hombre, y con el nombre de Fabio, entra a servir de paje a su propio amante.

Lauro, acompañado de Fabio, o sea Lelia en tal disfraz, discurren acerca de Clavela, quejándose el galán de sus desdenes y confesando

ser merecido castigo de su proceder con Lelia, a quien ya no puede amar.

Llega a Módena el hermano gemelo de Lelia, llamado Fabricio, de gran parecido con su hermana. Apenas llega, le ve Julieta, y creyendo sea Fabio, a quien su ama Clavela conocía de verle con Lauro y de quien se había enamorado, le induce a ir a casa de su señora. Cuando Fabricio está a la puerta de la casa llega Verginio acompañando a Gerardo, su presunto yerno; declárale la fuga de su hija y gestiones que hacía para hallarla, cuando de repente ven a Fabricio; piensan que es la propia Lelia en su disfraz; y como uno y otro la creen loca, ayudados de Julieta, que sale a buscar a Fabio, sujetan entre los tres a Fabricio, y a la fuerza le introducen en casa de Gerardo, para que Clavela calme y temple la locura de la supuesta Lelia.

Sucedió lo que era de esperar. Fabricio se enamora de Clavela, y ésta, que ya lo estaba del falso Fabio, cuya identidad con Fabricio la tiene engañada, claro es que le corresponde. Gerardo sorprende a Fabricio abrazando a su

hija Clavela, y sale furioso contra Verginio, a quien supone fautor de tal engaño. Lauro se entera también del caso y quiere matar a su paje, creyéndole autor de las fechorías amorosas de su hermano Fabricio. Lelia o Fabio aparece llena de aflicción, pues no sabe quién pudo tomar su figura, para introducirse en casa de Clavela. En este momento la encuentran los criados del desaparecido Fabricio y se la quieren llevar a la posada, tomándola por su amo. Aparece Lauro, y cuando va a lanzarse sobre su falso paje, el viejo criado Marcelo le desengaña y cuenta todo lo que por él había hecho la hija de Verginio. Lauro, agradecido, ofrece olvidar a Clavela y casarse con su primitiva amante.

Verginio, que, a pesar de los abrazos de que le hablara Gerardo, sigue pensando ser su hija la que está en casa de su amigo, quiere por fuerza recobrar a la joven, y se halla con el otro hijo varón, perdido en el saco de Roma. Todo se aclara, y casan Lelia con Lauro y Fabricio con Clavela.



COMEDIA ARMELINA.—En la introducción el autor expone parte del argumento en esta forma: “Sepan, apacibles auditores, que Pascual Crespo, herrero famosísimo, oficial siendo mozo, tuvo un hijo en cierta manceba, la cual se la llevó, llevándosela por amiga, un capitán que pasó en Hungría, donde la madre y el capitán murieron, dejando al niño por heredero y por tutor a Viana, hombre anciano de la misma ciudad.”

Viana tenía a su vez una hija, que le robó un pariente suyo, y ambos fueron cautivados por los corsarios, quienes vendieron la niña a un hermano de Crespo que mercadeaba por la mar, y de sus manos la recibió el herrero con buena dote para que la casase, y es la misma que en la comedia lleva el nombre de Armelina. Quiere hacerlo el viejo dándole por marido un tosco zapatero, lo cual ella repugna, aunque sin expresárselo a su patrono.

Por el mismo tiempo llega a Cartagena el anciano Viana, siempre buscando a su hija, en compañía del joven Justo, su pupilo, y topa

con un morisco hechicero que por medio de sus conjuros hace aparecer a la propia Medea, y ésta anuncia a Viana que en Cartagena hallará a su hija.

Viendo Armelina la resuelta voluntad de su protector en casarla con Diego de Córdoba, y aunque los hechos no justifican bastante tal resolución, determina quitarse la vida arrojándose al mar. Mas al ir a ejecutarlo, sale el dios Neptuno en persona para impedirselo, declarar a la doncella su origen y acompañarla a la presencia de su padre verdadero, en el mismo instante en que por la desaparición de la joven llevaban presos a Justo y a un paje suyo, a causa de haberse sabido que Justo había intentado hablar con Armelina; de quien se había enamorado. Reconocidos todos, concluye la obra convidando al banquete de boda que ha de presidir el propio Neptuno antes de regresar a sus húmedos palacios.

COMEDIA MEDORA.—La escena es en Valencia. Un tal Acario y su mujer Barbarina tuvieron dos hijos llamados Medoro y Angé-

lica. Una gitana robó a Medoro en la cuna, substituyéndole con un hijo suyo enfermo, que murió a pocos días. Pasados muchos años regresó la gitana con Medoro disfrazado de mujer, y el parecido que tenía con su hermana Angélica ocasiona varias confusiones, hasta en Casandro, amante y futuro esposo de la joven, que toma por ella a Medoro, y éste, como es natural, le desconoce y huye. Al final, la misma gitana declara el hurto y substitución, y es perdonada por los padres del mancebo.

* * *

Considerado en conjunto—dice Emilio Cotarelo—, Lope de Rueda se nos presenta inferior a Torres Naharro y acaso a otros poetas de aquel tiempo en cuanto a originalidad y a concebir un plan dramático extenso, conducirlo con lógica y desenlazarlo por medios humanos y naturales. Pero en los dramas breves, en aquellos juguetes cuyo fin es lograr una burla, pintar un tipo cómico, ridiculizar un vicio, es Lope de Rueda superior a todos los que le precedieron,

y aun a muchos posteriores. El empleo de la prosa, usada por él sistemáticamente, le facilitó no poco el medio de conseguirlo, pudiendo dar a cada personaje su propio carácter e idioma, cosa que pocas veces se logra, sobre todo en verso.

En la pintura de algunos caracteres, ni el mismo Cervantes sobrepuja a Rueda, y fué, sin disputa, su maestro, como puede comprobarse leyendo consecutivamente las obras de Rueda y las *Novelas ejemplares*, y aun el *Quijote*, donde hay bastantes frases empleadas por el primero.

Lo cómico es en Lope de Rueda de buena ley; no muy variado, pero intenso y presentado con tan escogidos y oportunos términos, que indudablemente gran parte de su fuerza consiste en el lenguaje sobrio y enérgico.

Uno de los grandes triunfos de Rueda es el diálogo. Las preguntas y respuestas que mutuamente se dirigen sus personajes son tan agudas, vivas y rápidas (hablamos de sus *pasos* y escenas intercalares de las obras extensas),

que sorprenden primeramente al lector por lo ingeniosas algunas, y deleitan luego por lo adecuadas y naturales.

Pero los méritos mayores de este autor, los que dan a sus obras un valor absoluto y las hacen grandemente útiles hoy mismo, son los relativos al idioma. La prosa de Lope de Rueda sólo admite parangón con la de *La Celestina* o la de Cervantes.

El santero desollado



N la ermita de San Antón había un santero llamado Diego Sánchez, que salía por la noche con una lumbré y una campanilla y recorría el pueblo pidiendo limosna. Y ocurrió que unos ladrones mataron al santero por robarle, le desollaron la cara y tiraron el cuerpo a un arroyo. La justicia andaba buscando a los malhechores, y nadie se acercaba de noche a la ermita por temor de que se apareciera el alma del desollado en figura de fantasma.

Un día el bobo Alameda se encontró en el

campo una careta de Carnaval, y su amo Salcedo, que era muy socarrón, quiso divertirse a cuenta del bobo. Vamos a oír al criado y al amo.

ALAMEDA

¿Anda usted por aquí, mi amo?

SALCEDO

Aquí estoy. ¿No lo ves?

ALAMEDA

Pues vengo a tratar con vuestra merced un asunto, que requiere mucho secreto.

SALCEDO

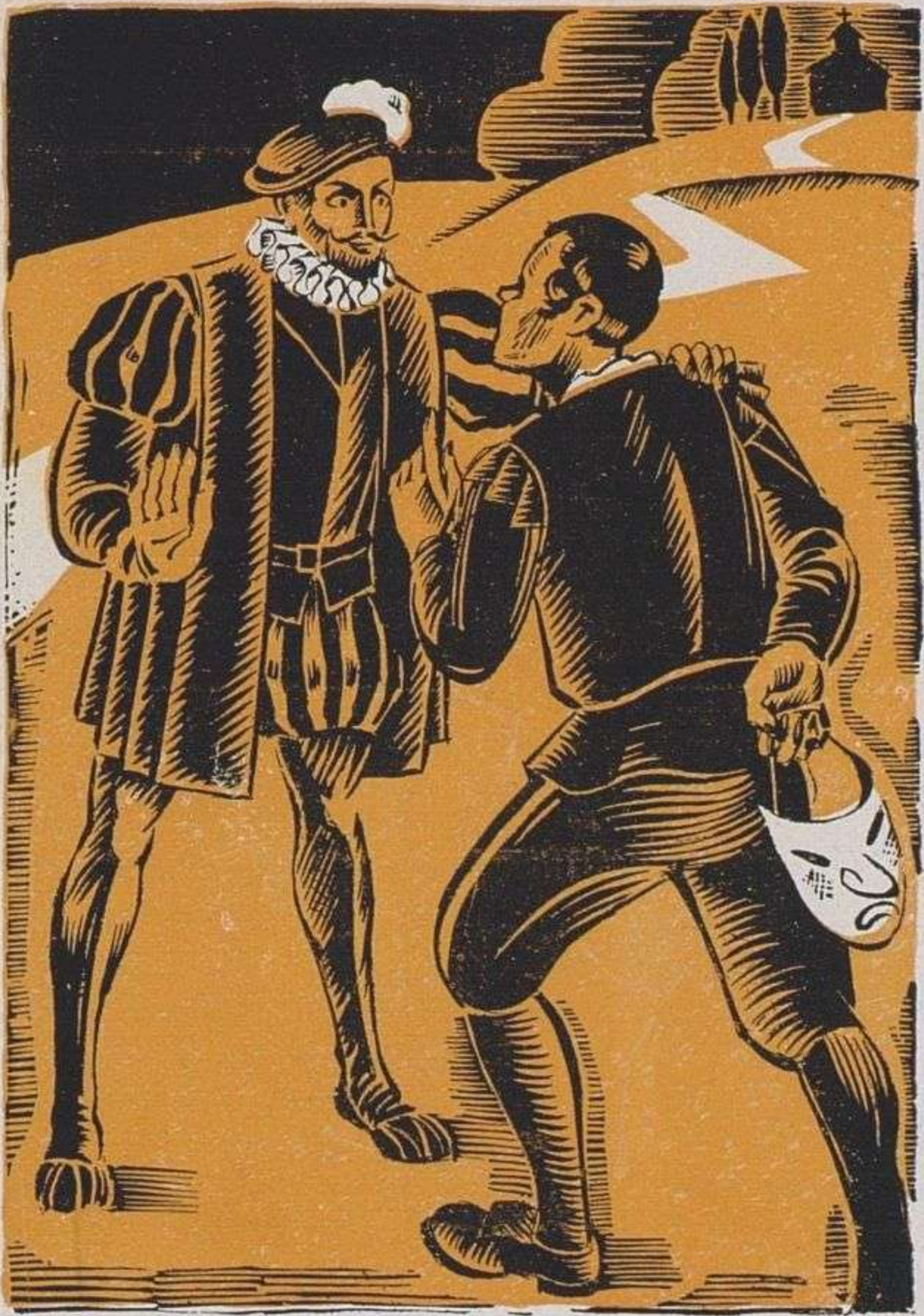
Di lo que quieras. Ya ves que estamos en un sitio apartado.

ALAMEDA

¿Hay quien nos pueda oír por aquí?

SALCEDO

Vamos, acaba ya. ¿Qué hay?



He hallado una casa que vale un mundo.

ALAMEDA

Pues mire, mi amo: he hallado una cosa, que vale un mundo.

SALCEDO

¿Que has hallado una cosa? Entonces eres mi amigo.

ALAMEDA

No, no; yo sólo me lo hallé, yo sólo me lo quiero gozar.

SALCEDO

Enséñame lo que has hallado.

ALAMEDA

Ni sé si lo venda, ni sé si lo empeñe.

SALCEDO

Enséñamelo.

ALAMEDA

Poco a poco, mi amo. Mírelo no más. (*Le enseña la careta.*)

SALCEDO

¡Bah! ¿Y eso es todo lo que hallaste?

ALAMEDA

¿Qué? ¿No es bueno? Pues me lo encontré junto a la valla del corral, cuando volvía del monte por leña.

SALCEDO

¡Pobre Alameda! No sé qué te diga, sino que fuera mejor que se te cayeran las pestañas de los ojos antes de que te aconteciera desdicha semejante.

ALAMEDA

¿Desdicha encontrar una pieza como ésta?

SALCEDO

¡Vaya si es desdicha! No quisiera estar en tu piel por todo el tesoro de Venecia. ¿Tú conoces a este pecador?

ALAMEDA

¡Pecador! ¿Pero es un pecador éste?

SALCEDO

Se me figura que yo lo conozco.

ALAMEDA

Y yo también.

SALCEDO

Dime, Alameda: ¿no tienes noticia del santero Diego Sánchez, a quien desollaron los ladrones la cara por robarlo?

ALAMEDA

¿Diego Sánchez?

SALCEDO

Sí, Diego Sánchez; no me puedes negar que no sea éste.

ALAMEDA

¿Que éste es Diego Sánchez? ¡Mi madre!
¿Por qué no encontraría yo unas alforjas de

pañ y no una cara de un desollado? ¡Eh, Diego Sánchez! ¡Diego Sánchez! No, seguro que no responderá por más voces que le den. Y diga, mi amo: ¿Qué se hicieron los ladrones? ¿Los hallaron?

SALCEDO

No; no los han hallado. Pero has de saber, Alameda, que anda la Justicia muerta por saber quién son los delincuentes.

ALAMEDA

¿Y me tomarán a mí ahora por el delincuente?

SALCEDO

Sí, Alameda, sí.

ALAMEDA

¿Y qué me harán si me cogen?

SALCEDO

El menor mal que te harán, cuando muy misericordiosamente procedan contigo, ha de ser ahorcarte.

ALAMEDA

¿Ahorcarme? Y después me echarán a gale-
ras. ¡Con lo ahogadizo que soy yo de la gar-
ganta! Y lo peor es que, si me ahorcasen, se
me quitaría la gana de comer.

SALCEDO

Lo que yo te aconsejo, Alameda, es que te
vayas a la ermita de San Antón y te hagas san-
tero, como lo era el otro desgraciado, y de este
modo la Justicia no te hará mal ninguno. Sólo
tengo miedo de una cosa.

ALAMEDA

¿Cuál, mi amo? Yo tengo miedo de más de
doscientas.

SALCEDO

Que estando solo en la ermita se te podrá
presentar alguna noche el espíritu del desolla-
do; pero más vale que se te presente a ti que
no que te presentes tú a otros colgado del pes-
cuezco, como podenco en barbacana.

ALAMEDA

Sobre todo que yo, en apretándome la nuez un poco, no puedo resollar.

SALCEDO

Pues anda listo, porque si tardas, podría pescarte la Justicia.

ALAMEDA

¿Y qué hago yo de esta carátula?

SALCEDO

Esa déjala aquí, no te cojan con ella.

ALAMEDA

Pues me voy. Ruegue a Dios, mi amo, que me haga buen santero. (*Se va.*)

SALCEDO

Ya se ha creído este animalazo que esta carátula es el rostro de Diego Sánchez. Pues aho-

ra voy a darle con ella un susto. Me taparé con una sábana y saldré a su encuentro fingiendo que soy el espíritu de Diego Sánchez. (*Se va SALCEDO y llega ALAMEDA, vestido de ermitaño, con una lumbre en una mano y una campanilla en la otra.*)

ALAMEDA

¡Para la lámpara del aceite, señores! Trabajosísima cosa es el hombre santero, que nunca se mantiene sino de mendrugos de pan; que no parezco sino gozque de conejero, que lo matan de hambre porque cace mejor a sabor. Y más que los gozques que solía tener por amigos, como me ven con este traje me han desconocido, y como ven que de puerta en puerta ando pidiendo y les recojo los mendrugos de pan que ellos solían tener por principal mantenimiento, así se vienen a mí con las bocas abiertas, como el cuquillo a las mariposas. Y lo peor de todo es que no se menea un mosquito en la ermita, cuando luego pienso que es el ánima del santero desollado, y no tengo otro remedio sino,



en sintiendo algo, capuzarme la cabeza debajo la ropa; que no parezco sino olla de arroz que la tapan, porque no se le salga la substancia de ella. Dios me despene por quien él es, amén.

SALCEDO

¡Alameda!

ALAMEDA

Parece que me han llamado. ¿Hay quien dé, por Dios, para la lámpara del aceite?

SALCEDO

¡Alameda!

ALAMEDA

Ya son dos Alamedas. ¿Alameda y en mitad del monte? No es por mi bien, Dios sea conmigo.

SALCEDO

¡Alameda!

ALAMEDA

El Espíritu Santo consolador sea contigo y conmigo, amén. Quizás será alguno que me quiera dar limosna.

SALCEDO

¡Alameda!

ALAMEDA

Así, así: mucho ¡Alameda! ¡Alameda!, y después quebrarme el ojo con una blanca.

SALCEDO

¡Alonso de Alameda!

ALAMEDA

¿Alonso y todo? Ya saben hasta mi nombre de pila. No es por bien esto. Quiero preguntar que quién es, con dolor de mi corazón. ¿Quién sois?

SALCEDO

¿No me conoces en la voz?

ALAMEDA

¿Yo en la voz? Ni ganas tampoco. Hasta no veros la cara, no os conozco.

SALCEDO

¿Conociste a Diego Sánchez?

ALAMEDA

El es, él es. Mas podrá ser que no sea él, sino otro. Señor, conocí siete u ocho en esta vida.

SALCEDO

¿Pues cómo no me conoces a mí?

ALAMEDA

¿Sois vos alguno de ellos?

SALCEDO

Sí soy, porque antes que me desollasen la cara...

ALAMEDA

¡El desollado, el desollado es! ¡Dios sea con mi ánima!

SALCEDO

Para que me conozcas, me quiero mostrar a ti.

ALAMEDA

¿A mí? Yo os lo perdono. Señor Diego Sánchez, aguarde que pase por el camino otro que lo conozca mejor que yo.

SALCEDO

A ti soy enviado.

ALAMEDA

¿A mí, señor Diego Sánchez? Por amor de Dios, yo me doy por vencido y me pesa de buen corazón y de mala voluntad.

SALCEDO

¿Qué dices?

ALAMEDA

Estoy turbado, señor.

SALCEDO

¿Me conoces ahora? (*Presentándose.*)

ALAMEDA

Ta, ta, ta, sí señor; ta, ta, ta, ya le conozco.

SALCEDO

¿Quién soy yo?

ALAMEDA

Si no me engaño, sois el santero a quien desollaron la cara por robarle.

SALCEDO

Sí soy.

ALAMEDA

Pluguiera a Dios que no lo fuéseis. ¿Y no tenéis cara?

SALCEDO

Antes solía tener cara. Ahora la tengo pos-tiza por mis pecados.

ALAMEDA

¿Pues qué quiere ahora su merced, Diego Sánchez?

SALCEDO

¿Dónde están los esqueletos de los muertos?

ALAMEDA

A las sepulturas me envía. ¿Y comen allá,
señor Diego Sánchez?

SALCEDO

Sí; ¿por qué lo dices?

ALAMEDA

¿Y qué comen?

SALCEDO

Lechugas cocidas y raíces de malvas.

ALAMEDA

Bellaco manjar es por cierto. ¡Qué de pur-
gados debe de haber allá! ¿Y por qué me que-
réis llevar con vos?

SALCEDO

Porque sin mi licencia te pusiste mis ropas.

ALAMEDA

Tómelas, tómelas, y lléveselas, que no las quiero.

SALCEDO

Has de venir en persona, y si das la exculpación que convenga, te dejarán volver.

ALAMEDA

¿Y si no?

SALCEDO

Te quedarás con los esqueletos en las cisternas viejas. Pero queda otra cosa.

ALAMEDA

¿El qué, señor?

SALCEDO

Has de saber que aquellos que me desollaron, me echaron en un arroyo.

ALAMEDA

Fresco estaría allí su merced.

SALCEDO

Y es menester que al punto de la media noche vayas al arroyo y saques mi cuerpo, y lo lleves al cementerio de San Gil, y allí digas a grandes voces: ¡Diego Sánchez!

ALAMEDA

Y diga, señor: ¿tengo que ir luego?

SALCEDO

Luego, luego.

ALAMEDA

Pero, señor Diego Sánchez: ¿no será mejor que vaya a casa por un borrico en que monte a su cuerpo?

SALCEDO

Sí, aprieta el paso.

ALAMEDA

Enseguida vuelvo.

SALCEDO

Anda, que aquí te aguardo.

ALAMEDA

Dígame, señor Diego Sánchez: ¿cuánto hay de aquí al día del juicio?

SALCEDO

Dios lo sabe.

ALAMEDA

Pues hasta que lo sepáis vos, podéis aguardar.

SALCEDO

Vuelve pronto.

ALAMEDA

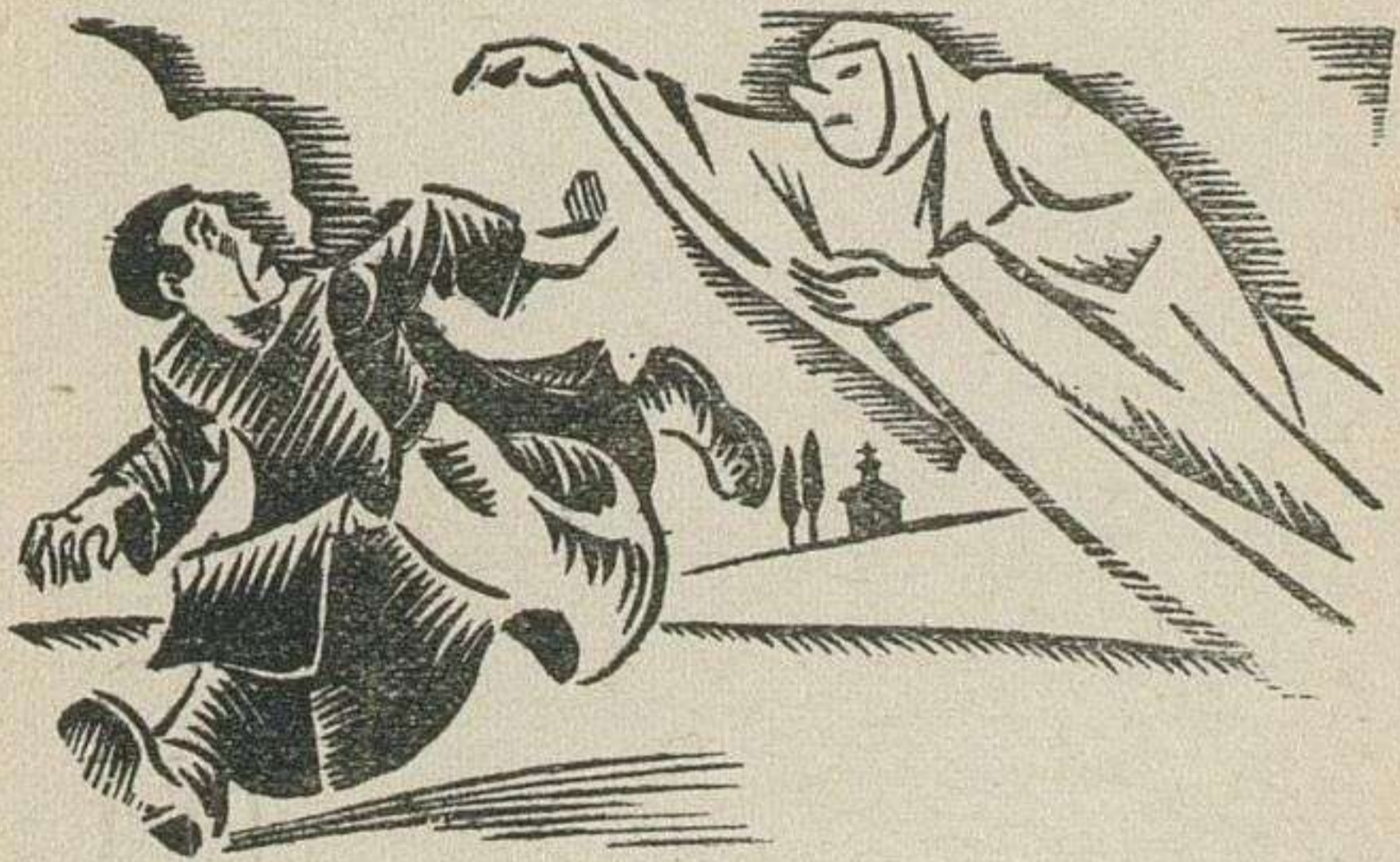
No comáis hasta que vuelva.

SALCEDO

¿Ah, sí? Pues aguarda.

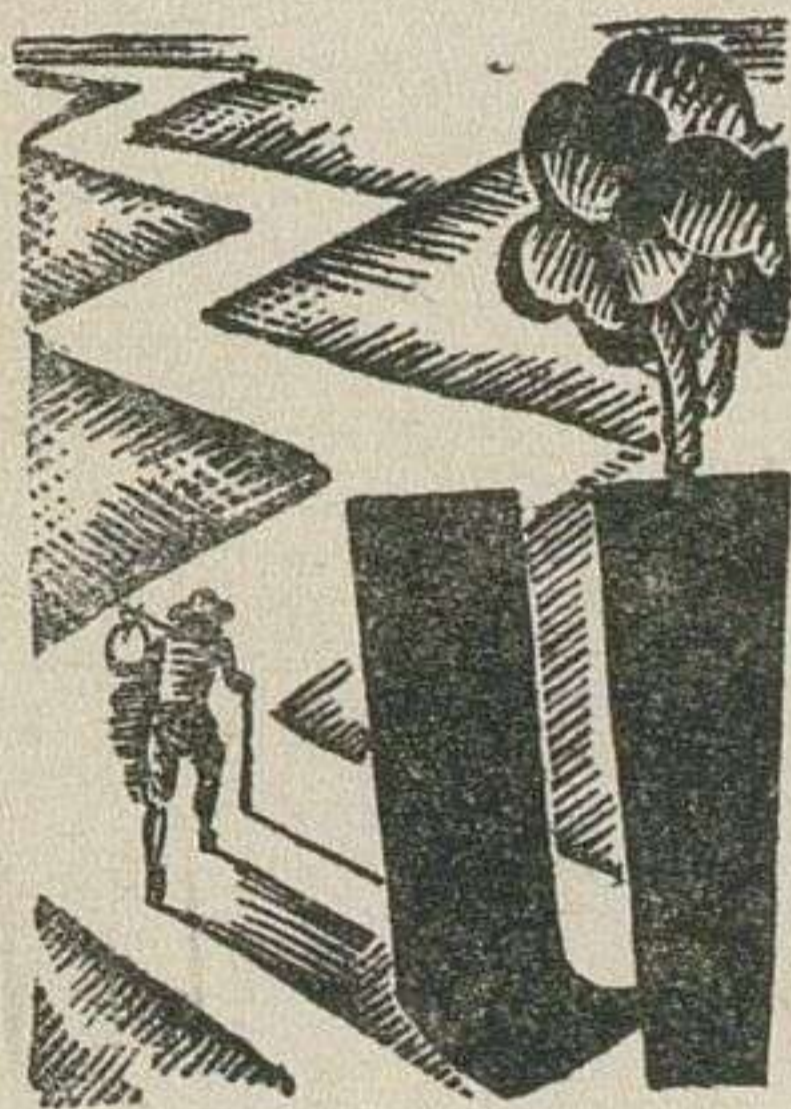
ALAMEDA

¡Válgame Santa María! ¡Dios sea conmigo!
¡Que me sigue, que me sigue! ¡Que me viene
siguiendo! (*Escapa, seguido por el fantasma.*)



El convidado

CAMINANTE



NO de los mayores trabajos que el hombre puede pasar en esta miserable vida es el caminar, y el mayor de todos, que le falte el dinero. Digo esto, porque he tenido que venir a despachar un asunto a esta ciudad, y en el

camino, por las muchas lluvias, me he quedado sin dos reales. No tengo más que un remedio. En esta ciudad vive un licenciado de mi tierra. Voy a ver si con una carta que le traigo me puede fa-

vorecer. Esta debe de ser la posada. Llamaré.
¡Ah de la casa!

BACHILLER

¿Quién llama? ¿Quién es?

CAMINANTE

Si está, salga vuestra merced acá fuera.

BACHILLER

¿Qué es lo que manda?

CAMINANTE

¿Sabrá vuestra merced darme razón de un señor licenciado?

BACHILLER

No, señor.

CAMINANTE

Déjeme que le diga: es hombre bajo, cargado de espaldas, barbinegro, natural de Burbáguena.

BACHILLER

No le conozco. Diga: ¿cómo se llama?

CAMINANTE

Señor, allá se llamaba el licenciado Cabestro.

BACHILLER

En mi posada hay uno que se llama el licenciado Jáquima.

CAMINANTE

Señor, ese debe de ser, porque de cabestro a jáquima o albarda, harto parentesco me parece que hay. Llámemele.

BACHILLER

Soy contento. ¡Eh, señor licenciado Jáquima!

LICENCIADO

¿Llama vuestra merced, señor bachiller Bra-
zuelos?

BACHILLER

Sí, señor; salga vuestra merced acá fuera.

LICENCIADO

No puedo; disculpe vuestra merced; estoy estudiando.

BACHILLER

Salga, señor; que está aquí uno de su tierra.

LICENCIADO

¡Oh, válgame Dios! Señor bachiller: ¿ha visto vuestra merced mi bonete?

BACHILLER

Ahí quedó encima del Plinio.

LICENCIADO

Señor bachiller: ¿y mis pantuflos de camelote, los ha visto?

BACHILLER

Periquillo los llevó a echar unas suelas, porque estaban muy destrozados.

LICENCIADO

Señor bachiller: ¿y mi manteo, lo ha visto?

BACHILLER

Ahí lo teníamos encima de la cama esta noche en lugar de manta.

LICENCIADO

Ya lo he hallado. ¿Qué es lo que manda vuestra merced?

BACHILLER

¿Ahora me sale con eso, al cabo de dos horas que le estoy llamando? Aquí este señor le busca, que dice que es de su tierra.

LICENCIADO

¿De mi tierra? Sí será, pues él lo dice.

CAMINANTE

¿No me conoce vuestra merced, señor licenciado?

LICENCIADO

No le conozco, en verdad, si no es para servirle.

CAMINANTE

¿No conoce vuestra merced a un tal Juaneio Gómez, hijo de Pedro Gómez, que íbamos juntos a la escuela y pusimos aquella farsa de los gigantillos?

LICENCIADO

¡Ah, ya! ¿Es vuestra merced hijo de un tripero?

CAMINANTE

¡No, hombre! ¿No se acuerda vuestra merced que mi madre y la suya vendían rábanos y coles allá en el arrabal de Santiago?

LICENCIADO

¿Rábanos y coles? Rasos y colchones quiso decir vuestra merced.

CAMINANTE

Sea lo que mandare. Pero ¿no me conoce?

LICENCIADO

Ya, ya caigo en la cuenta. ¿Qué? ¿No es vuestra merced el muchacho que hizo de mocita, aquel picaruelo de las calcillas coloradas?

CAMINANTE

Sí, señor; yo soy ese.

LICENCIADO

¡Oh, señor Juan Gómez! Señor bachiller: una silla. Periquillo, rapaz: una silla.

CAMINANTE

No es necesario, señor.

LICENCIADO

¡Oh, señor Juan Gómez, abráceme! ¿Y le mandó traer alguna cosa mi madre?

CAMINANTE

Sí, señor.

LICENCIADO

Abráceme otra vez, señor Juan Gómez. ¿Qué es lo que le dió? ¿Es cosa de importancia?

CAMINANTE

¡Ya lo creo!

LICENCIADO

¡Oh, señor Juan Gómez! Sea muy bien venido. Enseñe lo que es.

CAMINANTE

Es, señor, una carta que me rogó que le trajese.

LICENCIADO

¿Carta, señor? ¿Y le dió algún dinero mi señora madre?

CAMINANTE

No, señor.

LICENCIADO

Pues ¿para qué quería yo carta sin dinero? Ahora, señor Juan Gómez, hágame la señalada merced de venirse a comer con nosotros.

CAMINANTE

Señor, beso las manos de vuestra merced; en la posada lo dejo preparado.

LICENCIADO

Hágame este placer.

CAMINANTE

Señor, por no ser importuno, yo haré lo que desea, y de camino me traeré la carta, que dejé en manos del mesonero.

LICENCIADO

Pues vaya.

CAMINANTE

Beso sus manos. (*Se va.*)

LICENCIADO

¿Qué le parece, señor bachiller Brazuelos, de este nuestro convidado?

BACHILLER

Muy bien, señor.

LICENCIADO

A mí, no señor, sino muy mal.

BACHILLER

¿Por qué, señor?

LICENCIADO

Porque yo, para convidarle, ni tengo blanca, ni bocado de pan, ni cosa que de comer sea. Y, por tanto, quería suplicar a vuestra merced que vuestra merced me hiciera la merced de prestarme dos reales.

BACHILLER

¿Dos reales, señor licenciado? ¿Se quiere burlar de mí? ¿Con que sabe vuestra merced que llevo este andrajo en la cabeza por estar mi bonete empeñado en la taberna, y me pide dos reales?

LICENCIADO

¿Pues por qué no discurre vuestra merced una burla para que este convidado se fuese con todos los diablos?

BACHILLER

¿Burla dice? Déjele de mi cuenta, que yo le haré una que vaya diciendo que vuestra merced es muy honrado y muy cumplido con todos.

LICENCIADO

¿Ah, sí? ¿Y qué hará vuestra merced?

BACHILLER

Mire vuestra merced: él ha de venir ahora a comer; vuestra merced se meterá debajo de esta manta; y así que venga, luego preguntará: “¿Qué es del señor licenciado?” Yo le diré: “El señor arzobispo le ha mandado a publicar unas bulas. Fué un encargo repentino y no se pudo hacer otra cosa.”

LICENCIADO

Muy bien lo ha pensado vuestra merced. Pues mire, que creo que es él quien llama.

CAMINANTE

¡Ah de las casa!

BACHILLER

Sí, él es; métase pronto.

LICENCIADO

Mire que me tape bien, que no se me vea.

CAMINANTE

¡Ah de la casa!

BACHILLER

¿Quién es? ¿Quién llama?

CAMINANTE

¿Está en casa el señor licenciado?

BACHILLER

¿A quién busca?

CAMINANTE

Al señor licenciado Jáquima.

BACHILLER

¿A comer pienso que vendrá vuestra merced?

CAMINANTE

No vengo, por cierto, señor.

BACHILLER

¡Picadillo debe de tener el molino! ¿No?

CAMINANTE

No lo traigo en verdad.

BACHILLER

No lo niegue vuestra merced; que para decir que viene a comer, ¿es menester tantas retóricas?

CAMINANTE

Verdad es que venía a comer, que el señor licenciado me había convidado.

BACHILLER

Pues le aseguro que hace vuestra merced muy mal viaje esta vez, porque en casa no hay blanca ni bocado de pan para convidarle.

CAMINANTE

Pues no creo que el señor licenciado quisiera burlarse de mí.

BACHILLER

¿Que no me cree vuestra merced? Pues sepa que de puro corrido está puesto debajo de esa manta.

CAMINANTE

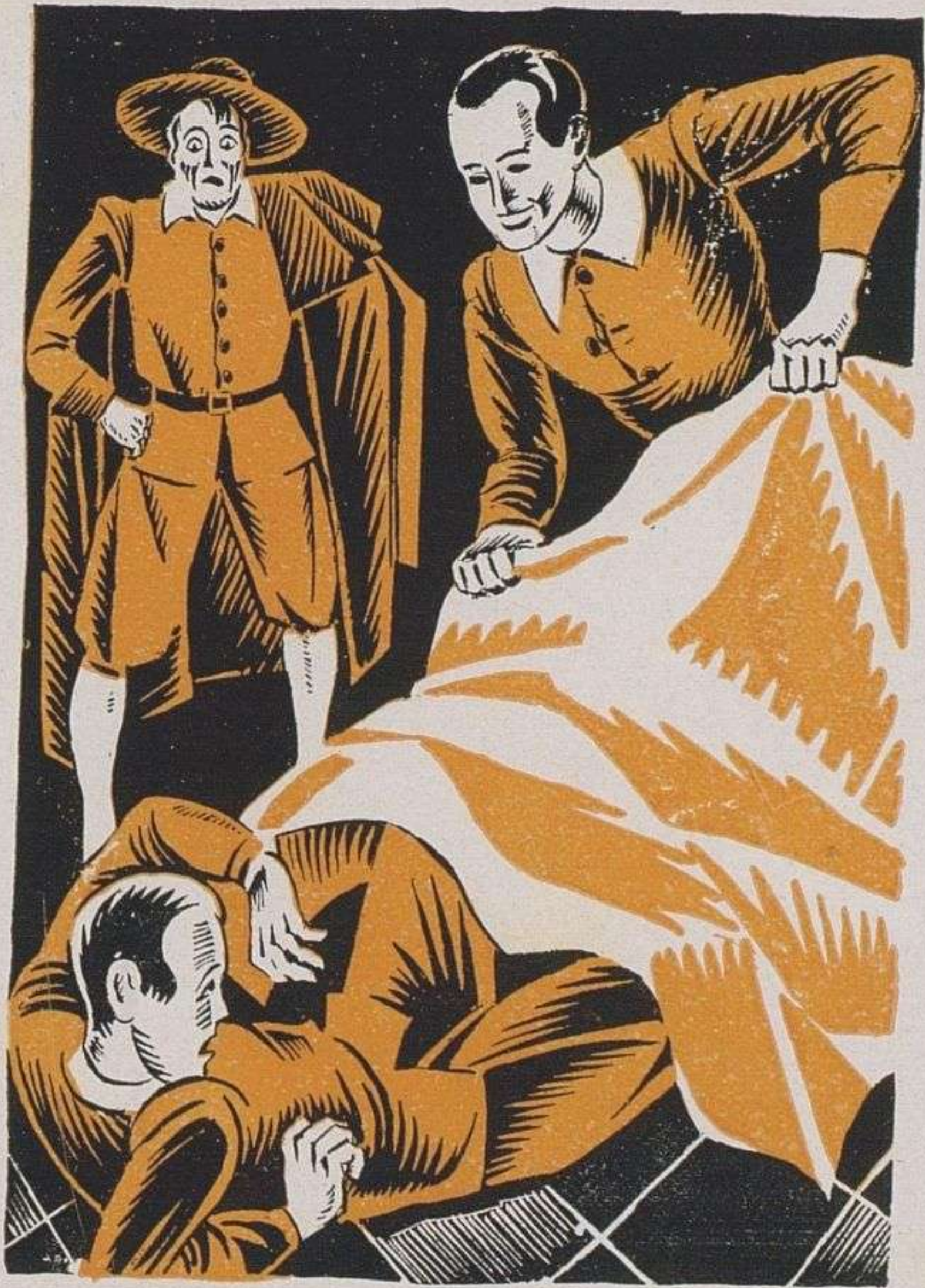
No lo creo, si con mis ojos no lo viese.

BACHILLER

¿Que no? Pues mire vuestra merced cuán contrito está arrodillado. (*Tira de la manta.*)

CAMINANTE

¡Jesús, Jesús, señor licenciado! ¿Para mí era de menester de tantos embustes?



¿Que no? Pues mire vuestra merced.

LICENCIADO

Juro a diez que ha sido muy bellaquísima-
mente hecho.

BACHILLER

No ha estado sino muy bien.

LICENCIADO

No ha estado sino de muy grandísimos bella-
cos; que si yo me escondí, vos me lo man-
dasteis.

BACHILLER

No se hubiera escondido vuestra merced.

LICENCIADO

No me lo hubiera vuestra merced mandado.
Y agradézcaselo al señor de mi tierra, don ba-
chillerejo de la porra.

BACHILLER

¿De la porra? Aguarde vuestra merced.

CAMINANTE

¡Id con todos los diablos! Allá os las compongáis vosotros mismos. (*Se va.*)



La tierra de Jauja

HONZIGERA



NDA, anda, hermano Panarizo, no te quedes rezagado, que ahora es tiempo de tender nuestras redes, que la ronda está en sosiego y los alguaciles descuidados. ¡Eh, Panarizo!

PANARIZO

¿Qué diablos quieres? ¿Puedes dar mayores voces? ¿Me dejaste empeñado en la taberna y todavía chillas?

HONZIGERA

¿Por dos negros dineros que bebimos quedaste empeñado?

PANARIZO

¿Y si no los tenía?

HONZIGERA

Si no los tenías, ¿de qué medio te valiste?

PANARIZO

¿De qué medio me había de valer sino dejar la espada? Mira, hermano Honzigeria, procura que comamos, que vengo muerto de hambre.

HONZIGERA

Yo mucho más. Pero ahora ha de pasar por aquí un simple, que lleva de comer a su mujer, que está presa, una cazuela con viandas. Le contaremos los cuentecillos de la tierra de Jauja, y él quedará embelesado y se olvidará de la cazuela, y mientras tú comes, yo hablo, y mientras tú hablas, yo como. (*Entra Mendrugo, simple, cantando.*)

MENDRUGO

Mala noche me diste,
María del Rión,
con el bimbilindrón.

PANARIZO

¡Eh, amigo! ¿No queréis oír?

MENDRUGO

Sí, señor; ya voy acabando; aguarde.

Mala noche me diste,
Dios os la de peor,
del bimbilindrón, drón, drón.

HONZIGERA

¡Hola, compañero!

MENDRUGO

¿Hablan vuestras mercedes conmigo o con
ella?

HONZIGERA

¿Quién es ella?

MENDRUGO

La cazuela.

HONZIGERA

¿Qué? ¿Lleváis una cazuela?



MENDRUGO

¡Que no! ¡Téngase! ¡Válgalos el diablo!
¡Qué ligeros son de manos!

PANARIZO

Pues decidnos adónde vais.

MENDRUGO

Voy a la cárcel para todo aquello que a vuestras mercedes les cumpliera.

PANARIZO

¡A la cárcel! ¿Y a qué?

MENDRUGO

Tengo, señores, mi mujer presa.

HONZIGERA

¿Y por qué?

MENDRUGO

Por cosas de aire; dicen malas lenguas que por alcahueta.

PANARIZO

Y decidme: ¿vuestra mujer no tiene quien la proteja?

MENDRUGO

Sí, señor; tiene muchos valedores y la Justicia, que hará lo que fuere de razón. Y ahora han ordenado entre todos que, porque mi mujer es mujer de bien y mujer que lo puede llevar, que le den un obispado.

PANARIZO

¡Obispado!

MENDRUGO

Sí, obispado, y aun plegue a Dios que ella lo sepa bien regir, que, según dicen, ricos quedamos esta vez.

PANARIZO

Lo mejor sería, si tú lo pudieses lograr, que la hiciesen obispesa de la tierra de Jauja.

MENDRUGO

¡Cómo! ¿Qué tierra es esa?

HONZIGERA

Una tierra muy extremada, donde pagan a los hombres por dormir.

MENDRUGO

¿Qué me dice?

PANARIZO

Sí, de verdad.

HONZIGERA

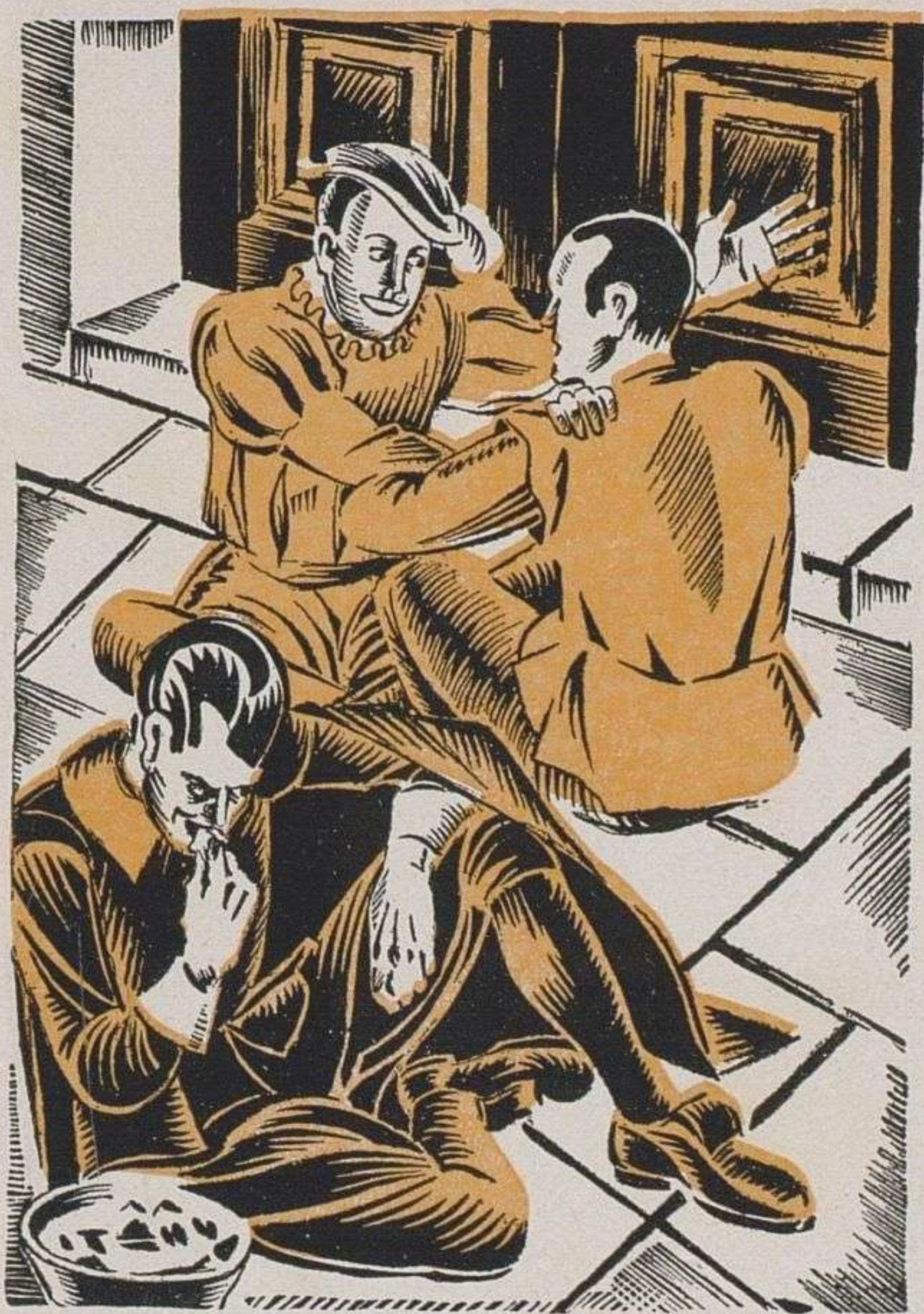
Ven acá, siéntate un poco y te contaremos las maravillas de la tierra de Jauja.

MENDRUGO

¿De dónde, señor?

PANARIZO

De la tierra donde azotan a los hombres porque trabajan.



Panarizo come mientras tanto.

MENDRUGO

¡Oh, qué buena tierra! Cuénteme las maravillas de esa tierra, por vida suya.

HONZIGERA

¡Sus! Ven acá; siéntate aquí en medio de los dos. Mira...

MENDRUGO

Ya miro, señor.

HONZIGERA

Mira: en la tierra de Jauja hay un río de miel y junto a él otro de leche, y entre río y río hay una fuente de mantequillas, encadenada de requesones, y caen en aquel río de miel, que no parece sino que están diciendo: "Comedme, comedme". (*PANARIZO come mentiras tanto de la cazuela.*)

MENDRUGO

¡Pardiez! A mí no había de ser menester decirme dos veces.

PANARIZO

Escucha aquí, necio.

MENDRUGO

Ya escucho, señor.

PANARIZO

Mira: en la tierra de Jauja hay unos árboles que los troncos son de tocino y las hojas son de hojaldre, y el fruto de los árboles son buñuelos, y caen en aquel río de la miel, que ellos mismos están diciendo: "Mascadme, mascadme". (*HONZIGERA come mientras tanto de la cazuela.*)

HONZIGERA

Vuélvete acá.

MENDRUGO

Ya me vuelvo.

HONZIGERA

Mira: en la tierra de Jauja las calles están empedradas con yemas de huevos, y entre yema y yema, un pastel con lonjas de tocino.

MENDRUGO

¿Y asadas?

HONZIGERA

Y asadas, que ellas mismas dicen: "Tragadme, tragadme."

MENDRUGO

Ya parece que las trago.

PANARIZO

Entiende, bobazo.

MENDRUGO

Diga, ya entiendo.

PANARIZO

Mira: en la tierra de Jauja hay unos asadores de trescientos pasos de largo, con muchas gallinas y capones, perdices, conejos, francolinés.

MENDRUGO

¡Oh, cómo me gustan a mí esos!

PANARIZO

Y junto a cada ave, un cuchillo, que no es menester más de cortar, que ello mismo dice: "Engullidme, engullidme."

MENDRUGO

¿Qué? ¿Las aves hablan?

HONZIGERA

Oyeme.

MENDRUGO

Que ya oigo, pecador de mí; me estaría todo el día oyendo cosas de comer.

HONZIGERA

Mira: en la tierra de Jauja hay muchas cajas de confitura, mucho calabazate, muchos mazapanes, muchos pasteles.

MENDRUGO

Señor, dígalo eso más despacio.

HONZIGERA

Hay jalea y unas botellas de vino que él mismo se está diciendo: "Bebedme, bebedme."

PANARIZO

Fíjate.

MENDRUGO

Demasiado me fijo, señor, que me parece que engullo y bebo.

PANARIZO

Mira: en la tierra de Jauja hay muchas cazuelas con arroz y huevos y queso.

MENDRUGO

¿Como ésta que yo traigo?

PANARIZO

Que vienen llenas y ofrezco al diablo la cosa que vuelven. (*Le enseñan la cazuela vacía y echan a correr.*)

MENDRUGO

¡Válgalos el diablo, Dios les guarde! ¿Y qué se han hecho estos mis contadores de la tierra de Jauja? ¡Así os coman cincuenta vencejos! ¡Oh, mira el de las patas largas! Si había tanto que comer en su tierra, ¿para qué me comían mi cazuela?



Las aceitunas

TORUVIO



ALGAME Dios y qué tempestad ha hecho desde el resquebrajo del monte acá, que no parecía sino que el cielo se quería hundir y las nubes venir abajo! Pues ahora, ¿qué tendrá dispuesto para comer la señora de mi mujer?

¡Así mala rabia la mate! ¡Eh, Mencigüela, muchacha! ¿No oyes? ¡A ver si todos duermen en Zamora! ¡Agueda de Toruégano! ¿Tampoco tú oyes?

MENCIGÜELA

¡Jesús, padre! ¿Vais a tirar las puertas?

TORUVIO

Miren qué pico, miren qué pico. ¿Y dónde está tu madre, muchacha?

MENCIGÜELA

Allí está en casa de la vecina, ayudándole a coser unas madejillas.

TORUVIO

Anda y llámala.

AGUEDA

Ya, ya, el de los misterios, que no hay quien le entienda; ya viene de traer una triste carguilla de leña.

TORUVIO

¿Carguilla de leña? Pues te juro que éramos tu ahijado y yo a cargarla y no podíamos.

AGUEDA

¡Por Dios, hombre, y qué mojado vienes!

TORUVIO

Vengo hecho una sopa, mujer. A ver si me das algo de cenar.

AGUEDA

¿Yo qué diablos te tengo de dar, si no tengo cosa ninguna?

MENDRUGO

¡Jesús, padre, y qué mojada que venía esa leña!

TORUVIO

Sí, después dirá tu madre que es el rocío del alba.

AGUEDA

Corre, muchacha, aderézale un par de huevos para que cene tu padre, y hazle luego la cama. Oye, marido: ¿A que no te acordaste de plantar aquel renuevo de aceitunas que te mandé que plantases?

TORUVIO

¿Pues en qué me he detenido sino en plantarle como me mandaste?

AGUEDA

Calla, marido; ¿y dónde lo plantaste?

TORUVIO

Allí, junto a la higuera breval, donde yo te di un beso, ¿te acuerdas?

MENCIGÜELA

Padre, bien puede entrar a cenar, que ya está aderezado todo.

AGUEDA

Marido: ¿no sabes qué he pensado? Que ese renuevo de aceitunas que hoy has plantado, de aquí a seis o siete años llevará cuatro o cinco fanegas de aceitunas, y que, poniendo plantas acá y plantas allá, de aquí a veinticinco o treinta años tendrás un olivar hecho y derecho.

TORUVIO

Eso es la verdad, mujer, que no puede dejar de ser lindo.

AGUEDA

Mira, marido: ¿sabes qué he pensado? Que yo cogeré la aceituna y tú la acarrearás con el burro, y Mencigüela la venderá en la plaza. Y mira, muchacha, que te mando que no me des menos el celemín de a dos reales castellanos.

TORUVIO

¿Cómo a dos reales castellanos? ¿No ves que es cargo de conciencia y que nos pondrá una multa cada día el almotacén? Basta con pedir a catorce o quince dineros por celemín.

AGUEDA

Calla, marido: que el olivar es de la casta de los de Córdoba.

TORUVIO

Pues aunque sea de la casta de los de Córdoba. Basta pedir lo que tengo dicho.

AGUEDA

No me quiebres más la cabeza, hombre. Mira, muchacha, que te mando que no las des menos el celemín de a dos reales castellanos.

TORUVIO

¿Cómo a dos reales castellanos? Ven acá, muchacha: ¿a cómo has de pedir?

MENCIGÜELA

A como queráis, padre.

TORUVIO

A catorce o quince dineros.

MENCIGÜELA

Así lo haré.

AGUEDA

¿Cómo así lo haré, padre? Ven acá, muchacha: ¿a cómo has de pedir?

MENCIGÜELA

A como mandéis, madre.

AGUEDA

A dos reales castellanos.

TORUVIO

¿Cómo a dos reales castellanos? Yo te prometo que si no haces lo que yo te mando, que te tengo de dar más de doscientos correazos. ¿A cómo has de pedir?

MENCIGÜELA

A como decís vos, padre,

TORUVIO

A catorce o quince dineros.

MENCIGÜELA

Así lo haré, padre.

AGUEDA

¿Cómo así lo haré, padre? Toma, toma, haz lo que yo te mando.

TORUVIO

Deja a la muchacha.

MENCIGÜELA

¡Ay, madre! ¡Ay, padre, que me mata!

ALOXÁ

¿Qué es esto, vecinos? ¿Por qué maltratáis así a la muchacha?

AGUEDA

¡Ay, señor! Este mal hombre, que me quiere dar las cosas a menos precio y quiere echar a perder mi casa. ¡Unas aceitunas que son como nueces!

TORUVIO

Yo juro a los huesos de mi linaje que no son aún como piñones.

AGUEDA

Sí son.

TORUVIO

No son.



¿Por qué maltratais así a la muchacha?



Handwritten text, possibly a page number or reference, located in the upper left margin.

ALOXÁ

¡Ea, vecina! Hágame el favor de entrar ahí dentro, que yo lo averiguaré todo.

AGUEDA

Pues averigüe o que se lo lleve todo el infierno.

ALOXÁ

Vamos a ver, vecino: ¿dónde están las aceitunas? Sáquelas acá fuera, que yo las compraré, aunque sean veinte fanegas.

TORUVIO

Que no, señor; que no es de esa manera que vuestra merced se piensa; que no están las aceitunas aquí en casa, sino en la heredad.

ALOXÁ

Pues tráigalas aquí, que yo las compraré todas al precio que justo fuere.

MENCIGÜELA

A dos reales quiere mi madre que se vendan el celemín.

ALOXÁ

Muy caro es eso.

TORUVIO

¿No le parece a vuestra merced?

MENCIGÜELA

Y mi padre a quince dineros.

ALOXÁ

Venga una muestra de las aceitunas.

TORUVIO

¡Válgame Dios, señor! Vuestra merced no me quiere entender. Hoy he plantado yo un renuevo de olivo, y dice mi mujer que de aquí a seis o siete años llevará cuatro o cinco fanegas de aceituna, y que ella la cogería y que yo la acarrease y la muchacha la vendiese, y que a fuerza de derecho había de pedir a dos reales por cada celemín. Yo que no y ella que sí, y sobre esto ha sido la cuestión.

ALOXÁ

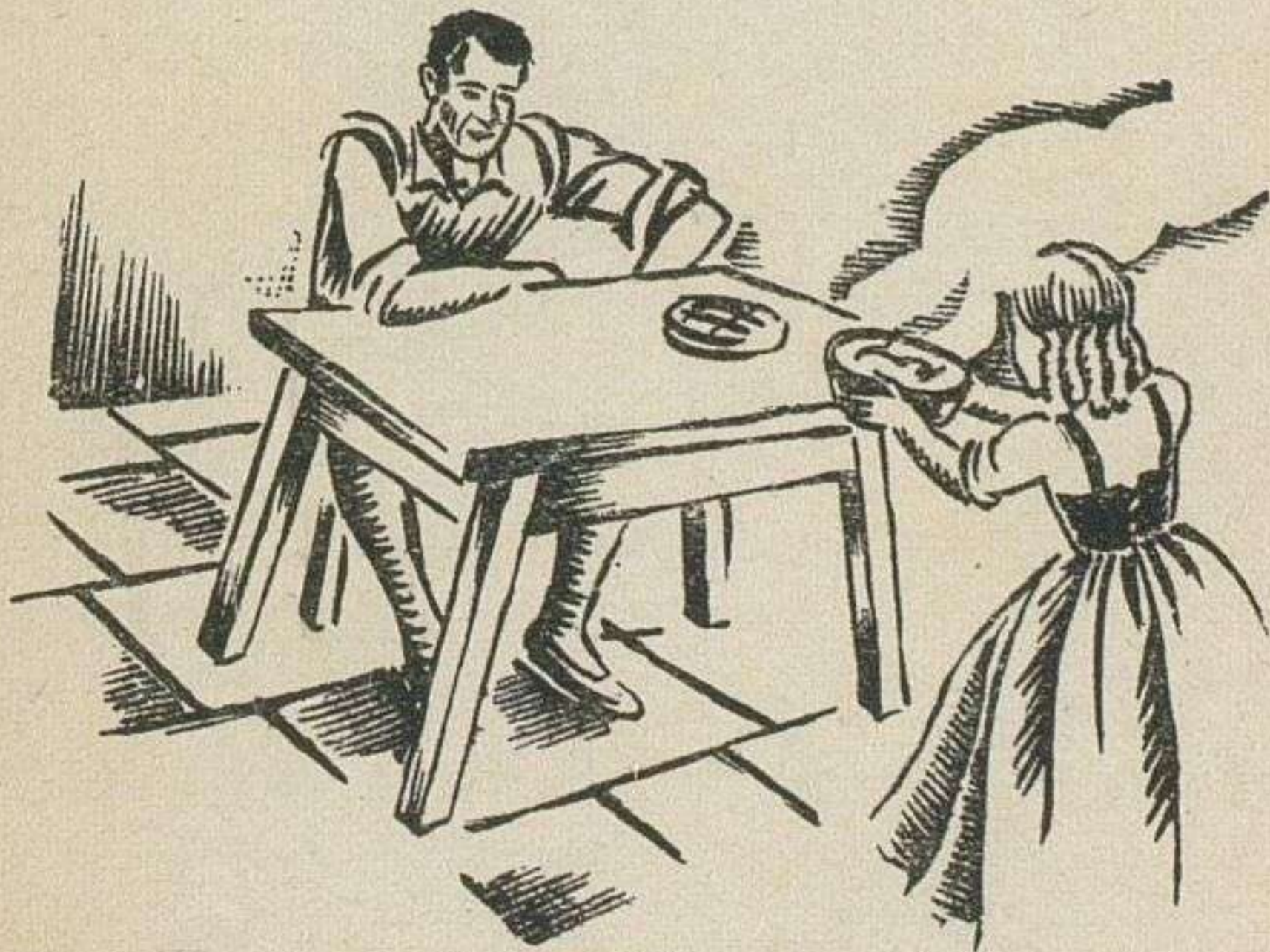
¡Oh, qué graciosa cuestión! Nunca tal se ha visto. Las aceitunas no están plantadas y ¿ya la muchacha ha recibido leña por ellas?

MENCIGÜELA

¿Qué le parece, señor?

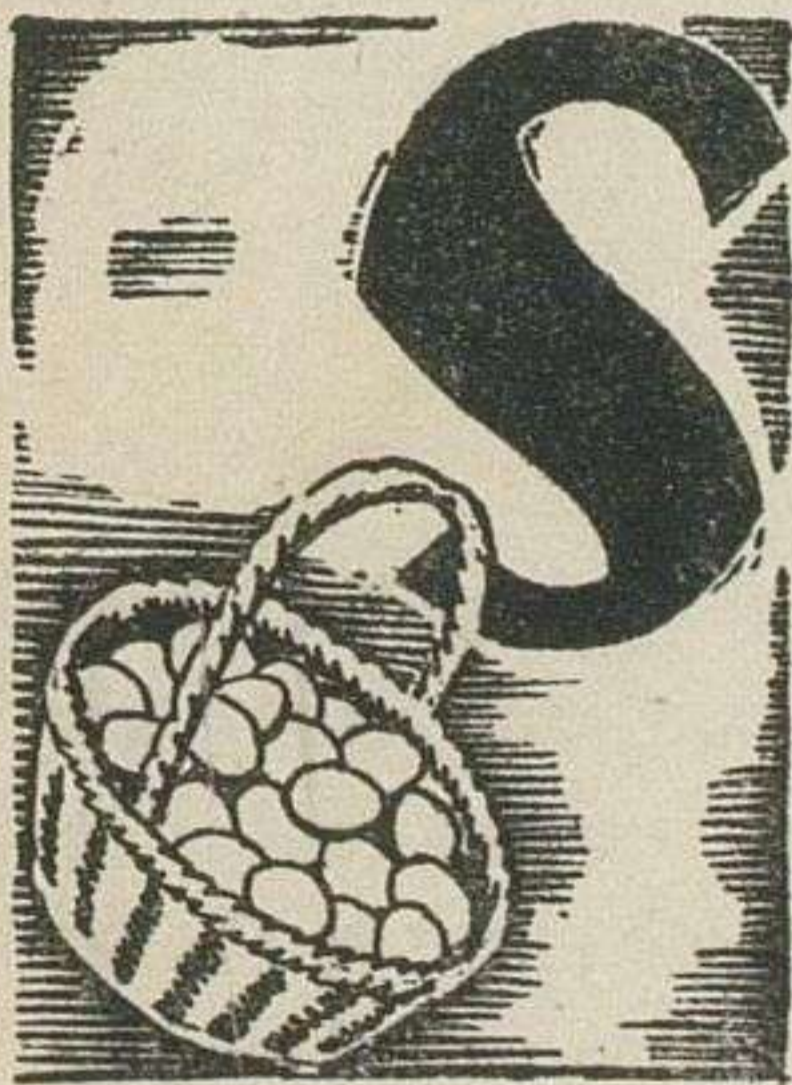
TORUVIO

No llores, rapaza. La muchacha, señor, es como un oro. Anda, hija, ponme la mesa, que yo te prometo hacerte un sayuelo con las primeras aceitunas que se vendieren.



Los ladrones

BUITRAGO



EÑOR Cazorla, aquí el señor Salinas y yo queríamos de ti que nos enseñases algunas de las tretas que tú sabes, porque nosotros somos nuevos en el oficio.

CAZORLA

Ya, ya os entiendo.

Vosotros querríais ser ladrones viejos y manejaros de la suerte que yo me manejo.

BUITRAGO

Eso mismo. Pero, señor Cazorla, cuanto a lo primero, ¿cómo te manejabas para defenderte de estos jueces de Castilla? Porque os tratan con tanta ferocidad y rigor, que no hay ladrón que no tiemble.

SALINAS

Dice verdad aquí el señor Buitrago, porque una vez me vi preso delante de un alcalde, que me hizo tragar más saliva que hombre que ha perdido las agallas.

CAZORLA

Muy bien me parece siempre pedir consejo a quien es más anciano y cursado en el oficio. Ahora mirad, hijos míos: siempre que os halláreis delante de un juez de estos de Castilla (ya veis que con tener una vara en la mano parece que quieren asombrar al mundo), habéis de tener tres cosas: disimulación en el rostro, presteza en las palabras, aguante en el tormen-

to. Porque todo es un poquito de aire. No hacen sino apretaros unos cordelitos a los pies y haceros tragar algunos jarrillos de agua. Bébase el hombre por su pasatiempo, de que tiene gana, seis o siete. ¡Ya veis qué poca cosa!

BUITRAGO

Eso es mucha verdad, señor Cazorla.

CAZORLA

Ahora mirad: así que os halléis delante de algún juez, si os preguntare: “Ven acá, ¿de dónde eres?”, luego le habéis de responder: “Señor, de un lugar de Castilla la Vieja”, el primero que se os viniere a la boca. ¡Cuidado no digáis que sois andaluz, que los andaluces tienen muy mala fama! Como seas andaluz, luego te tienen por ladrón; si de Castilla la Vieja, por hombre sano y sin malicia. Si os preguntare cuánto hace que vinisteis, habéis de contestar: “Señor, anoche llegué”, aunque haga mil años que estéis en el pueblo. Y si por-

fiare: "Aquí hay quien os ha visto", replicad enseguida diciendo: "Mire, señor, que un diablo se parece a otro." Y si os dijere dónde dormisteis, diréis: "Señor, como llegué tarde, no hallé posada; dormí encima de un banco"; porque si decís que habéis parado en algún mesón, por la ropa pueden sacar rastro de vuestra vivienda.

BUITRAGO

Largos y descansados días viva, señor Cazorla.

SALINAS

Muy avisado sois en esto de la Justicia.

CAZORLA

Bien lo he pagado; hartos sudores me cuesta. Por tanto, atended, hijos míos: Si algún juez os preguntare qué oficio tenéis, responded con lengua presta y sereno rostro, si venís bien trajeado, que servís a un caballero, y si no tal, que hacéis oficio de peón de albañil. Mirad que

no nombréis oficio de callo, porque si decís que sois sastre, luego os miran por donde pica la aguja, y si no os encuentran callos en las manos, luego dirán, sin duda, este ladrón es, y os veréis en mucho trabajo.

BUITRAGO

Consejo de padre es ése por cierto.

SALINAS

Señor Cazorla: ¿usa aldabas?

CAZORLA

¿Qué son aldabas?

SALINAS

Si cría asas.

CAZORLA

¿Qué son asas?

BUITRAGO

Orejas.

CAZORLA

Sois novatos; andáis, hijos míos, con la leche en los labios; sois palominos duendos, que por-

que sabéis decir asas o aldabas, cortar una bolsa, dar golpe en una faltriquera, hacer una encomienda en el pecho de un carretero, luego os figuráis que sois ya ladrones corrientes y molientes y que podéis nadar sin calabaza. Acá entre vosotros los hormigueros llamáis asas o aldabas; allá entre los jayanes de popa, no decimos sino: “¿Criáis mirlas?” Pues no las tengo más que en esta mano. Y si pensáis que las tengo, estáis muy engañados, que, gracias a Dios, cuarenta y cinco años hará en marzo que vivo sin ellas y me sustento con este oficio de ladrontío, con hartos trabajos y desasosiegos de mi persona.

SALINAS

Dejemos ahora eso, señor Cazorla. ¿Cómo en tanto tiempo, siendo tan corsario, no te han sentenciado o echado a galeras?

CAZORLA

Yo os lo diré, hijos míos. Yo tuve en esta miserable vida cuatro cosas que no las tuvo

ningún ladrón de mi tiempo, y fué: disimulación en el rostro, presteza en las palabras, aguante en el tormento y mucha paciencia contra aquellos que juraban contra mí. Lo primero que hacía el juez era llamarme a declarar delante de los testigos, y como yo empezase a decir nones, firme seguía en nones como una roca. Al día siguiente me llamaban a juicio. Yo, ¿qué hacía? Sacaba mi mano como pescada, que en tiempo antiguo para semejantes necesidades me había dado una cuchillada de este lado y otra de este otro que parecía estocada, y presentábala a modo de petición. Y como el juez viese cuál la tenía, sentenciaba: "Atento que este hombre es lisiado, inútil para galeras y vista la información que resulta contra él, le mandamos dar doscientos azotes y desterrarlo." Yo, para que me los diesen, me recogía en el envés del estómago con toda la paciencia del mundo.

BUITRAGO

Y ven acá, señor Cazorla, ¿es que eres manco?

CAZORLA

No, bobillo, que más sano estoy que tú; sino que para estos negocios es menester de hacerse el hombre ciego, manco, cojo y mudo algunas veces.

SALINAS

Señor Cazorla, querría que nos dijese algunos nombres cifrados en esto de nombrar ropa.

CAZORLA

De muy buena gana; estad atentos, hijos míos. Nosotros, los cursados ladrones, llamamos a los zapatos calcurros; a las calzas, tirantes; al jubón, justo; a la camisa, lima; al sayo, zarzo; a la capa, red; al sombrero, poniente; a la gorra, alturante; a la espada, baldeo; al puñal, calete; al broquel, rodancho; al casco, asiento; al jaco, siete almas; a la saya de la mujer, campana; el manto, cernícalo; a la saboyana, cálida; a la sábana, paloma; a la cama, piltra; al gallo, canturro; a la gallina... tener

cuenta, hijos míos, tiene cuatro nombres: gomarra, pica en tierra, cebolla y piedra.

BUITRAGO

Muy bien entendido está eso. Díganos algunos nombres de ladrones, según a lo que se aficionan a robar.

CAZORLA

Habéis de saber que a los que andan hurtando ganado llamamos abejeros; a los que hurtan puercos, gruñidores; a los que hurtan yeguas, caballos y otros animales, cuatreros; a los que andan escalando ventanas, garirteros; a esos que ven una puerta descuidada, caleteros; a los que dan en la flor de trocar un real de a cuatro, mareadores; a los que cortan bolsas, cicateros; a esos que van hurtando granadas o membrillos y uvas y cosas bajas por el mercado, bajacerreros.



SALINAS

Señor Cazorla, ahora que eres viejo, ¿en qué entiendes o vives?

CAZORLA

Mirad, hijos míos: por ser tan conocido, no me acerco a persona que no desconfíe o tema de mí. ¿No habéis oído decir: cobra buena fama y échate a dormir, y que cuando una no es buena para ser buena mujer termina en alcahueta?

BUITRAGO

Es mucha verdad.

CAZORLA

Pues así me acontece a mí. Ahora que ya no soy bueno para ladrón, he puesto una tendezuela de ropavejero, y así que viene alguno con un herreruelo desmandado, le pongo unas mangas y hago un tudesquillo; a una capa le quito

la capilla y queda hecha herreruelo; a un herreruelo chico póngole una capilla y hágole capa; a un sayo le quito las haldas y le hago jaqueta; a una jaqueta le pongo unas haldas y queda hecha sayo; a una saya de mujer le quito la guarnición y le pongo otra, o vuelvo lo de atrás adelante y lo de dentro afuera. Así que prenden un ladrón, le preguntan: "Ven acá, ¿quién te conoce?" El ladrón dice: "Señor Cazorla." Salgo fiador, lo saco de la prisión. De que esgrime de sobaco, parte conmigo. Veis aquí, hijos, de qué manera vivo.

SALINAS

Me parece muy honesta manera de vivir.
(*Entra Juan de Buenalma, simple, cantando.*)

BUENALMA

De casta de cornocales
traigo yo los huevos, madre,
que son frescos y son grandes.

Como sea verdad lo que mi mujer dice, de esta vez con esta clueca quedamos ricos para todos los días de nuestra vida. Porque ella dice que, a no parir nada la clueca, lo menos menos, aunque le pese, ha de parir diez pollas; y aquéllas a ser cluecas, con parir a diez cada una, serán ciento. Pues cien pollas, reales han de valer.

CAZORLA

Quietos, que allí asoma un villano y, según lo que parla, trae una cesta de huevos. Veamos cuán diestros sois para quitársela de entre manos.

BUITRAGO

Ponte a un lado y acude luego como mediador, y si yo no le dejare en jolite, que me ahorquen, soy contento.

CAZORLA

Que me place.

SALINAS

En hora buena venga el hombre de bien.

BUITRAGO

Dios os guarde.

BUENALMA

¡Qué! ¿Me conocen vuestras mercedes, señores?

BUITRAGO

¡Y tanto que os conocemos! ¿No sois de aquí, de este pueblo?

BUENALMA

Sí lo soy, a servicio y mandado de vuestras mercedes.

BUITRAGO

¿No os llamáis vos...? ¡Válgame Dios, que no me acuerdo y lo tengo en la punta de la lengua!

BUENALMA

Juan de Buenalma.

BUITRAGO

Así es la verdad.

SALINAS

¡Oh, señor Juan de Buenalma! ¿Y adónde va por aquí?

BUENALMA

Aquí voy, a llevar unos cuantos huevos para que mi mujer los eche a una clueca que tenemos. Dígame vuestra merced, que sabrá en esto de echar cluecas: ¿cuántos huevos son de menester para una clueca?

BUITRAGO

¿Por qué lo decís?

BUENALMA

Porque no me acuerdo cuántos me dijo mi mujer que trajese.

SALINAS

Espere; yo se lo diré mejor que él: seis docenas.

BUITRAGO

Quita allá, rapaz, que no sabes lo que te dices. Señor Juan de Buenalma, tres docenas sobran.

SALINAS

No, ni bastan. ¡Mira qué sabrá él!

BUITRAGO

Más que sabes tú, borrachuelo.

SALINAS

¡Mira el majagranzas!

BUENALMA

Señores, no riñan, por amor de Dios, sobre eso.

CAZORLA

¿Qué discusión es ésta?

BUENALMA

Yo se lo diré a vuestra merced, porque parece más hombre de bien que todos, si no me

engaño; digo, más anciano, y lo sabrá mejor. Este señor dice que para echar a una clueca son de menester seis docenas de huevos; este otro que tres. ¿Vuestra merced qué dice?

CAZORLA

¿Cuántos traéis vos, Juan de Buenalma?

BUENALMA

¡Qué! ¿También me conoce vuestra merced?

CAZORLA

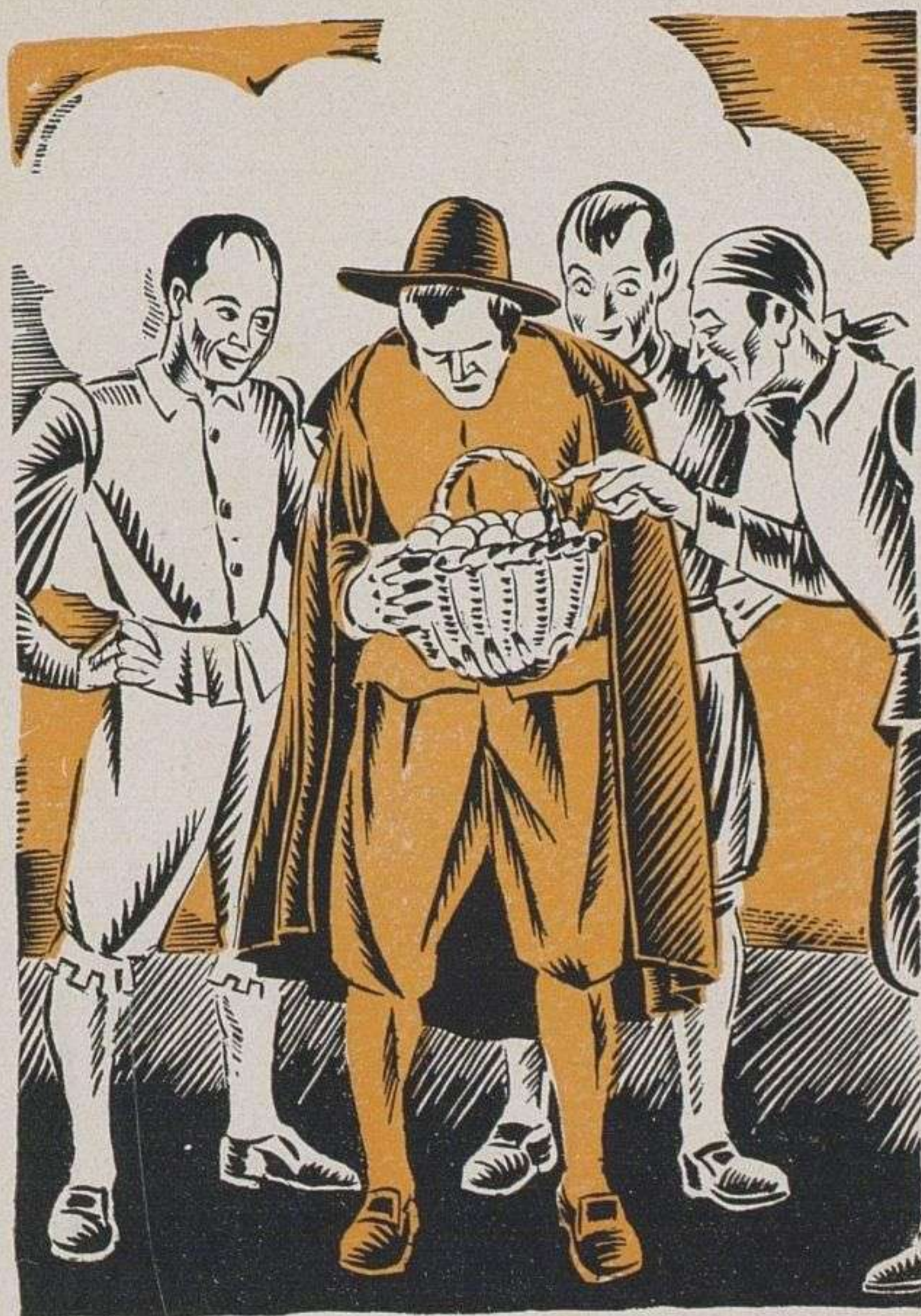
Ya lo creo que os conozco, y estáis casado con una honrada mujer de este pueblo.

BUENALMA

Honrados días viva vuestra merced. Yo, señor, traigo dos docenas, a buen juicio, porque se me olvidaron los que me dijo mi mujer.

CAZORLA

En verdad, Juan de Buenalma, que tuvisteis habilidad; que esos mismos son de menester.



¿Cuántos traéis vos..?

SALINAS

¡Otra! ¡Miren éste con qué viene! ¿Habilidad dice que es eso?

BUENALMA

Sí que es habilidad, pues que el señor lo dice. ¿Qué entiendes tú de habilidades?

SALINAS

Pues ya que tanta habilidad es la vuestra, venid acá: ¿cuántos son siete y ocho y nueve?

BUENALMA

No, no; en cosa de cuentas yo sé que me engañarás, que no sé más que un asno.

SALINAS

¿Sabéis saltar?

BUENALMA

¡Quita de ahí, miajica de especias! ¡Mirad quién pregunta si sabe saltar!

SALINAS

Si tanta fantasía es la vuestra, apostad un real quién saltará más a pies juntillas.

BUITRAGO

Desde ahora pondré yo por el señor Juan de Buenalma.

BUENALMA

Gracias, señor; no quiero que nadie ponga por mí.

SALINAS

Ea, pondré mi real.

BUENALMA

Mira que el diablo te enreda, muchacho; yo sé que perderás, sabandija.

SALINAS

No se me da nada.

BUENALMA

A mí se me da; que es cargo de conciencia igualarse un hombro como yo con un mozo sin barbas ni pelo de vergüenza.

CAZORLA

Tiene razón aquí el señor Juan de Buenalma; porque si te ganase, estaría obligado a devolverte el dinero.

BUENALMA

¿No le parece a vuestra merced?

CAZORLA

Claro que me parece.

BUITRAGO

Pues si tan hombre de conciencia es Juan de Buenalma, yo sé cómo se puede igualar este partido.

CAZORLA

¿Cómo?

BUITRAGO

Con atarse los pies y las dos manos juntas
detrás.

CAZORLA

Aun así queda camino.

BUENALMA

¿Y parecele a vuestra merced que con eso
estaré yo limpio de conciencia y puedo saltar
con él?

CAZORLA

Sí, ¿por qué no?

BUENALMA

Vaya, pon el real. ¿Qué dices?

SALINAS

Aquí está puesto en manos del señor Bui-
trago.

BUENALMA

Y el mío también. Y téngame este capote. Y vos, padre honrado, la cesta de los huevos.

CAZORLA

Que me place.

BUITRAGO

Ven acá; te ataré los pies.

BUENALMA

Muy bien atados están.

BUITRAGO

Volved esos brazos atrás.

BUENALMA

Ya están vueltos. No apriete tanto, señor.

BUITRAGO

Que no está sino flojo.

BUENALMA

Ahora acote de dónde hemos de saltar.

BUITRAGO

De esta raya.

SALINAS

Aguarden, que falta lo mejor.

BUITRAGO

¿Qué es lo mejor?

SALINAS

Ver qué real puso.

BUITRAGO

¿Qué real? Bueno. De *plus ultra*.

SALINAS

Veamos. (*Coge los reales y escapa.*)

BUITRAGO

¡Oh, que este bellaco se lleva las apuestas!
(*Corre detrás.*)

BUENALMA

¡Oiga, oiga, señor, mi capote! ¡Vuelva acá!
Desengáñeme vuestra merced, ¿es esto burla o
trampa o latrocinio?

CAZORLA

¿Qué sé yo, pecador de mí? Aguarde, iré a
ver lo que pasa.

BUENALMA

No quiero; estése quedo y deje la cesta de los
huevos.

CAZORLA

Luego vuelvo.

BUENALMA

¿Luego vuelvo? ¡Ah, señor, señor! ¡Toma!
Pues se ha ido. Este debe de ser, sin duda, un

1^º07



grandísimo ladrón como los otros. ¡Ay, Juan de Buenalma, Juan de Buenalma! ¡Con qué cara volverás a los ojos de tu mujer, sin blanca, ni capote, ni cesta de huevos para echar a la clueca! A chapinazos lo habré de pagar.



Los lacayos ladrones

DALAGÓN

¡Que sea verdad esto!

PANCORVO

¿Lo qué, señor?

DALAGÓN

Comerme la libra de los turrone de Alicante, que estaban encima del escritorio.

PANCORVO

Eso, no.

DALAGÓN

En fin, ¿que miento?

PANCORVO

Yo no digo que miente, sino que no es verdad.

DALAGÓN

¿Que no? Espera un poco.

PANCORVO

¡Ah, paso, señor! ¡Suélteme, que yo le diré quién se los ha comido!

DALAGÓN

Veamos quién; acabemos.

PANCORVO

Vuestra merced ha de saber que yo no, no; que yo..., que el... ¿Cómo se llama? Desvíese un poco de la puerta, porque no nos oiga nadie; que Periquillo los ha comido.

DALAGÓN

Mira qué dices.

PANCORVO

Sin falta; porque yo sé que es gran comedor

de turrónes, y se los come sin pan a la gracia de Dios.

DALAGÓN

¡Periquillo!

PERIQUILLO

¿Quién llama?

PANCORVO

Sal acá, Periquillo; el señor es, que te quiere hablar en secreto.

PERIQUILLO

¿Qué manda?

DALAGÓN

¿Qué mando? ¡Toma, don bellaco, goloso!

PERIQUILLO

Señor, ¿por qué me da?

PANCORVO

Quédate con eso, en tanto que lo sepas.

1 1 1



PERIQUILLO

¡Válgame Dios, señor! ¿No sabremos por qué me dió?

DALAGÓN

Porque te comiste una libra de turrónes que estaba encima de la mesa.

PERIQUILLO

¿Yo? ¿Quién lo dice?

DALAGÓN

Este.

PERIQUILLO

¿Tú lo dices?

PANCORVO

Yo lo dije; pero no creo que sea Periquillo, señor, porque es honrado mozo. Me equivoqué, pecador de mí; por decir Gasconcillo, dije Periquillo.

PERIQUILLO

¡Claro! ¡Y tu yerro había de caer sobre mis espaldas!

PANCORVO

Calla, hermanico, ten paciencia, que algún día pagaré quizá por ti.

DALAGÓN

Pues llama al Gasconcillo.

PANCORVO

¡Gasconcillo!

GASCÓN

¿Qué te pica? ¿Qué quieres? Aguarda un poco.

PANCORVO

Creo que se los está comiendo; llámele vuestra merced.

DALAGÓN

¡Gasconcillo!

GASCÓN

¿Qué manda mi amo?... ¡Dios me ampare!
¿Pero qué le pasa, señor? ¿Por qué se enoja contra mí?

PANCORVO

Dele, señor, dele; no pare, adelante; que bien lo tiene ganado.

GASCÓN

¿Pero me quiere decir vuestra merced por qué me ha sacudido las costillas?

DALAGÓN

Porque te has comido los turrone de Alicante.

GASCÓN

¡Jesús, Jesús! ¡Santa Bárbara! ¿Yo turrone?

DALAGÓN

Sí, tú, turrone de encima del escritorio.

GASCÓN

¿Y quién se lo ha dicho?

PANCORVO

Yo sé quién lo ha visto.

GASCÓN

Por el amor de Dios, que mientes con toda la boca; que yo no he comido los turrónes del escritorio. ¿Lo viste tú?

PANCORVO

No, creo que no es él, pues lo jura. Perdona, Gasconcillo.

GASCÓN

¿Ahora me dices que perdona, chocarrero, alforjas de pan? ¿Te parece puesto en razón?

PANCORVO

¿De eso te enojas? Antes te debes holgar por ello.

GASCÓN

¿Y por qué me he de holgar?

PANCORVO

Porque tendrás anticipado el recibo para cuando al señor algo le debieres.

DALAGÓN

Acabemos ya. Pues dices que ninguno de estos dos se los ha comido, sepamos quién se los comió. Salgan estos turrónes; si no, yo te los sacaré de las costillas.

PANCORVO

No me perturbe vuestra merced, que yo se lo diré punto por punto; espere. Ven acá, Gasconcillo.

GASCÓN

¿Para qué me llamas?

PANCORVO

¿Parécete a ti que se los ha comido Guiller-millo?

GASCÓN

¿Guillermillo? Tú dices la verdad; ése se los ha comido.

PANCORVO

Ya ve vuestra merced cómo Gasconcillo dice que a Guiller-millo se los vió comer.

DALAGÓN

Llámale; veamos si habemos de desmarañar
este negocio de turrone.

PANCORVO

¡Guillermillo!

GASCÓN

¡Guillermillo!

GUILLERMILLO

¿Qué voces son éstas?

DALAGÓN

¿No saldrás?

GUILLERMILLO

Ya salgo. ¿Qué quiere, señor?

DALAGÓN

Lo que quiero es esto: ¡toma!

GUILLERMILLO

¡Ay, ay, señor, por amor de Dios!

PANCORVO

Dele, señor, no pare, pues por amor de Dios le pide.

GUILLERMILLO

¡Pecador de mí! ¿A qué fin me dió, señor?

DALAGÓN

¿A qué fin, cara sin vergüenza?

PANCORVO

Bien lo sabrás, vergüenza sin cara.

DALAGÓN

A fin que se os pueda fiar cualquier cosa de comer.

GUILLERMILLO

¿Qué cosa?

DALAGÓN

¿Qué cosa? Dime, desvergonzado: los turrones que estaban encima del escritorio, ¿qué es de ellos?

GUILLERMILLO

¿Los turrone? Señor, ¿no me los pidió él que se los diese, y los encerró de su propia mano dentro del escritorio?

DALAGÓN

¡Por vida mía que dice verdad! ¿Habéis visto qué gran descuido que ha sido el mío?

GUILLERMILLO

¿Y parécele bien haberme dado sin culpa?

PANCORVO

¿Y a mí molerme a estas espaldas, que no parecía sino molino batán, según descargaba?

PERIQUILLO

Y a mí pajas.

GASCÓN

¿Qué le parece, amo, de esta sinrazón?

DALAGÓN

Pues me parece que, porque no estéis que-
josos de mí, se partan los turronec en cuatro
partes, y en pago de la disciplina se lleve ca-
da uno su pedazo.

PANCORVO

Eso lo veremos. Aguarde un tantico, señor.
Muchachos, a consulta. Tú, Perico, ¿quieres
turronec?

PERIQUILLO

Yo, ni aun verlos

PANCORVO

¿Y tú, Guillermito?

GUILLERMILLO

Yo, ni aun gustarlos.

PANCORVO

¿Y tú, Gasconillo?

GASCÓN

Por mí los podéis tirar todos.

PANCORVO

¿Queréis que nos desquitemos todos de la paliza?

TODOS

Sí.

PANCORVO

Mi amo, oiga, si manda.

DALAGÓN

—¿Qué quieres?

PANCORVO

Allegue a conversación, que ya estamos concordados. (*Arremeten todos contra él a golpes.*)

DALAGÓN

¡Paso, paso!

LOS CLASICOS CASTELLANOS AL ALCANCE DE LOS NIÑOS

Adaptados por Manuel Abril, Isabel O. de Palencia, Emilio R. Sadía, Julio de Ugarte, José de la Vega, Fernando de Tabarca, J. Demuro, etc.

Ilustraciones de Melendreras, Ibáñez, Elena
:: Verdes Montenegro, Gori, Oliver y otros ::

Precio de cada volumen, lujosamente encuadernado
en tela y planchas doradas, TRES pesetas.

AUTORES Y OBRAS QUE CONTIENE CADA VOLUMEN

Calderón de la Barca.

El Alcalde de Zalamea.
La vida es sueño.
La dama duende.
La mojiganga de la muerte.
El desafío de Juan Rana.

Lope de Vega.

Peribáñez y el Comendador de Ocaña.
El remedio en la desdicha.
El mejor alcalde, el rey.
Fuenteovejuna.

Cervantes.

Las Novelas ejemplares.
Entremeses.

Moreto.

El lindo don Diego.
San Franco de Sena.
El desdén, con el desdén.
El valiente justiciero y el rico-hombre de Alcalá.
La misma conciencia acusa.
Los jueces de Castilla.

Autores

Obras que contiene cada volumen

Alarcón.

Ganar amigos.
El Tejedor de Segovia (primera parte).
El Tejedor de Segovia (segunda parte).
La prueba de las promesas.
No hay mal que por bien no venga.
Quien mal anda mal acaba.

Vélez de Guevara.

El diablo está en Cantillana.
Reinar después de morir.
Más pesa el rey que la sangre.
La Luna de la Sierra.
El Ollero de Ocaña.

Pérez de Montalván.

La doncella de labor.
Cumplir con su obligación.
La toquera vizcaína.
La más constante mujer.
No hay vida como la honra.

Mira de Mescua.

Galán valiente y discreto.
La Fénix de Salamanca.
Obligar contra su sangre.
No hay dicha ni desdicha hasta la muerte.
Doctor Felipe Godínez.
Aun de noche alumbra el sol.

José Zorrilla.

Don Juan Tenorio.
El zapatero y el rey (1.^a parte).
El zapatero y el rey (2.^a parte).
El molino de Guadalajara.

Don Juan Manuel.

El conde Lucanor.

Moratín.

El barón.
El médico a palos.

Autores

Obras que contiene cada volumen.

La escuela de los maridos.

El sí de las niñas.

La mojigata.

Duque de Rivas.

El moro expósito.

El cuento de un veterano.

Una antigualla de Sevilla.

El ventero.

Don Alvaro o La fuerza del sino.

Francisco de Rojas.

El más impropio verdugo por la más justa venganza.

Del rey abajo, ninguno y El labrador más honrado,

García del Castañar.

Donde hay agravios no hay celos y Amo y criado

Obligados y ofendidos.

El Caín de Cataluña.

Guillén de Castro.

La fuerza de la costumbre.

La piedad en la justicia.

Las mocedades del Cid (primera parte).

Las mocedades del Cid (segunda parte).

García Gutiérrez.

El trovador.

Venganza catalana.

El Rey monje.

La vuelta del corsario.

Escritores del siglo de oro.

ANTONIO COELLO: *El conde de Sex o Dar la vida por su dama.*

ALONSO DEL CASTILLO SOLÓRZANO: *El marqués del Cigarral.*

RODRIGO DE HERRERA: *Del cielo viene el buen Rey.*

ANTONIO HURTADO DE MENDOZA: *Los engaños del mentir.*

LIBROS ESCOLARES

	<u>Pesetas</u>
Trazos. Método para aprender a leer, escribir y dibujar en menos de un mes, por J. Demuro. Cartilla 1. ^a , 0,10; Cartilla 2. ^a , 0,15; Cartilla 3. ^a	0,15
El Abecé, por J. Plaza.....	0,15
Catón. "Rasgos". Método para aprender a leer por medio de la escritura y el dibujo, por J. Demuro.....	0,90
¿Quieres que te cuente un cuento...? Primer libro de lectura corriente, por J. Demuro...	1
Te voy a contar más cuentos, por J. Demuro.	
El Conde Lucanor, por el Infante Don Juan Manuel	1,50
Biografías de niños célebres. Segundo libro de lectura, por J. Demuro.....	1
Manuscrito infantil, por María Luisa Ramos, Directora de los "Jardines de la Infancia" y de la "Escuela Maternal", de Madrid...	1,25
Manuscrito moderno, por J. Demuro.....	1,50
Selección de Versos Españoles. Libro de lectura y de iniciación al conocimiento de la poesía castellana, por J. Demuro.....	1,75
Selección de Prosistas Castellanos. Libro de lectura y de iniciación al estudio del idioma, por J. Demuro.....	1,75
La moral en la vida. Libro de lectura moderna, por A. R. Charentón, con numerosas ilustraciones. Ejemplar.....	2,50

Las Artes en la Escuela. Libro de lectura y de iniciación al estudio de las Artes útiles, de las Artes bellas y de las Artes liberales, por Luis Huerta.....	2,25
Las Ciencias en la Escuela. Libro de lectura reflexiva y de enseñanza experimental, por A. R. Charentón.....	3
Lecturas Históricas.— Historia anecdótica del trabajo, por Albert Thomas. Adaptación española de Rodolfo Llopis. Edición en cartóné propia para escuelas, 3,50 pesetas. Edición especial, 5. En tela.....	7
Una historia del mundo para los niños, por V. M. Hillyer. Traducción y adaptación por Fernando Sáinz, Inspector general de Primera Enseñanza. Edición escolar, 5 pesetas. Edición lujo.....	7
Correspondencia escolar. Libro de lectura y de iniciación a la redacción personal de cartas, por J. Demuro.....	3
Desarrollo del buen sentido. Libro de lectura, por P. De Vuyst, traducción de J. Demuro	2
Método Pedagógico de Dibujo, dividido en seis grados, seis CARPETAS, con 30 láminas cada una, por Víctor Masriera; cada CARPETA, 2 pesetas; las seis.....	12
Modelos de trabajo manual. Cuaderno núm. 1.	2
El Tejido y sus aplicaciones. Cuaderno núm. 2 de trabajo manual.....	3
El Modelado en la escuela primaria. Cuaderno de 32 páginas, con hermosas láminas en negro y tricolor.....	3
La Pintura por el recorte. Colección de tres cuadernos con espléndidas láminas a cinco colores, en papel couché. Precio de cada cuaderno	3

El Arte en la Escuela (dibujos al clarión):

Serie 1. ^a	Aplicación de las rectas.....	2
" 2. ^a	Aplicación de las curvas.....	2
" 3. ^a	Combinación de rectas y curvas.	2
" 4. ^a	Figura	2
" 5. ^a	Paisaje	2
" 6. ^a	Composición	2
" 7. ^a	Adorno aplicado a las labores.....	2
" 8. ^a	Arte	2

Frisos para las Escuelas:

N.º 1.	En el campo.....	0,40
" 2.	Escenas holandesas.....	0,40
" 3.	En la playa.....	0,40
" 4.	Estío	0,40
" 5.	Juegos infantiles.....	0,40
" 6.	Jugando a los indios.....	0,40
" 7.	Recreos	0,40
" 8.	Murga infantil.....	0,40

Sobres para picado y bordado infantil. Tres sobres diferentes, con seis tarjetas cada uno.

Cada sobre..... 0,30

Tejido. Carpetas con seis planchas de papel charolado para hacer variados y atrayentes trabajos manuales. Cada sobre.....

0,40

Tiras de papel satinado, en colores, para ejercicios de trenzado. Precio del paquete.....

1

Aritmética y Geometría. Contiene todas las operaciones aritméticas y la Geometría completa, por J. Plaza.....

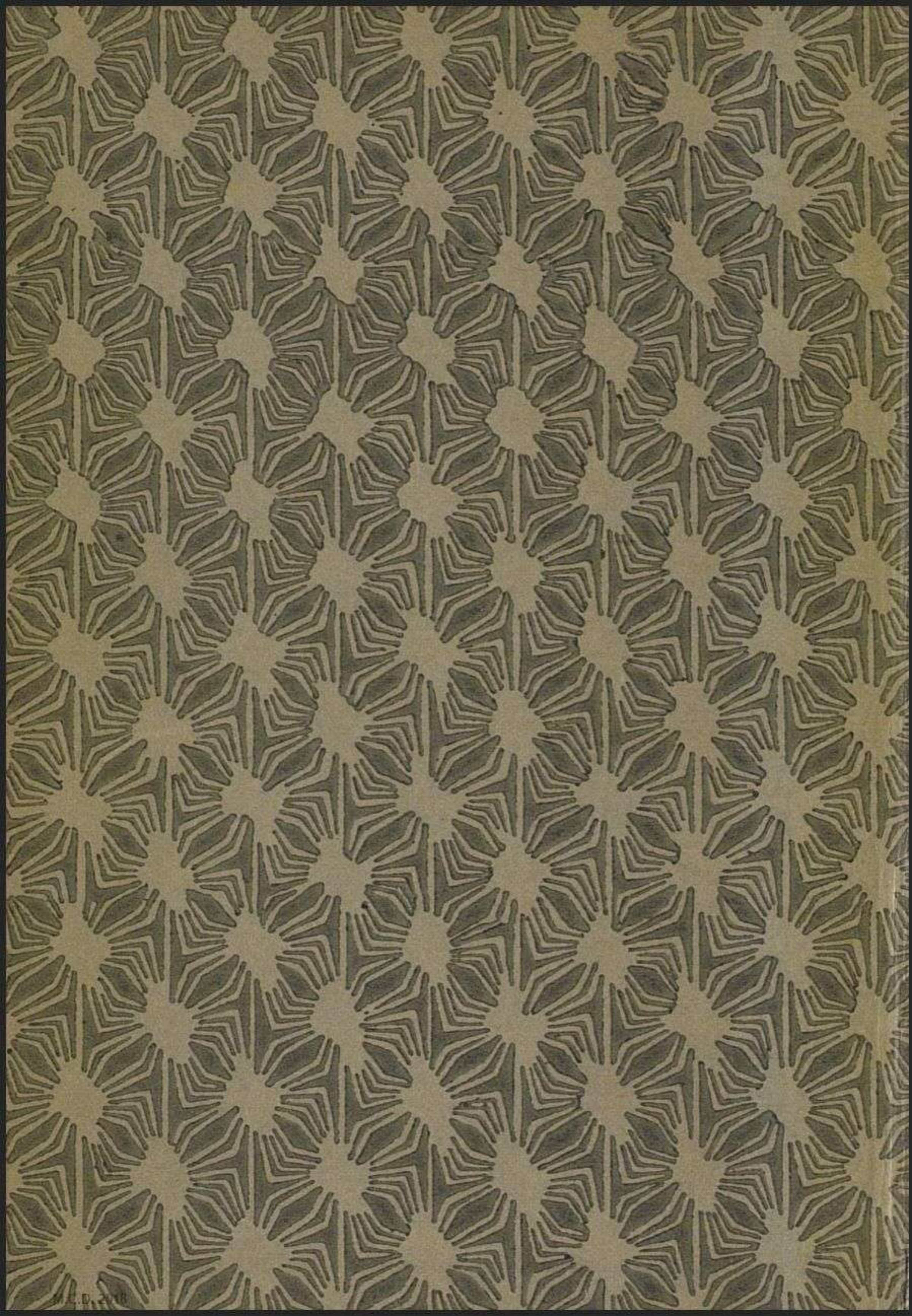
0,30

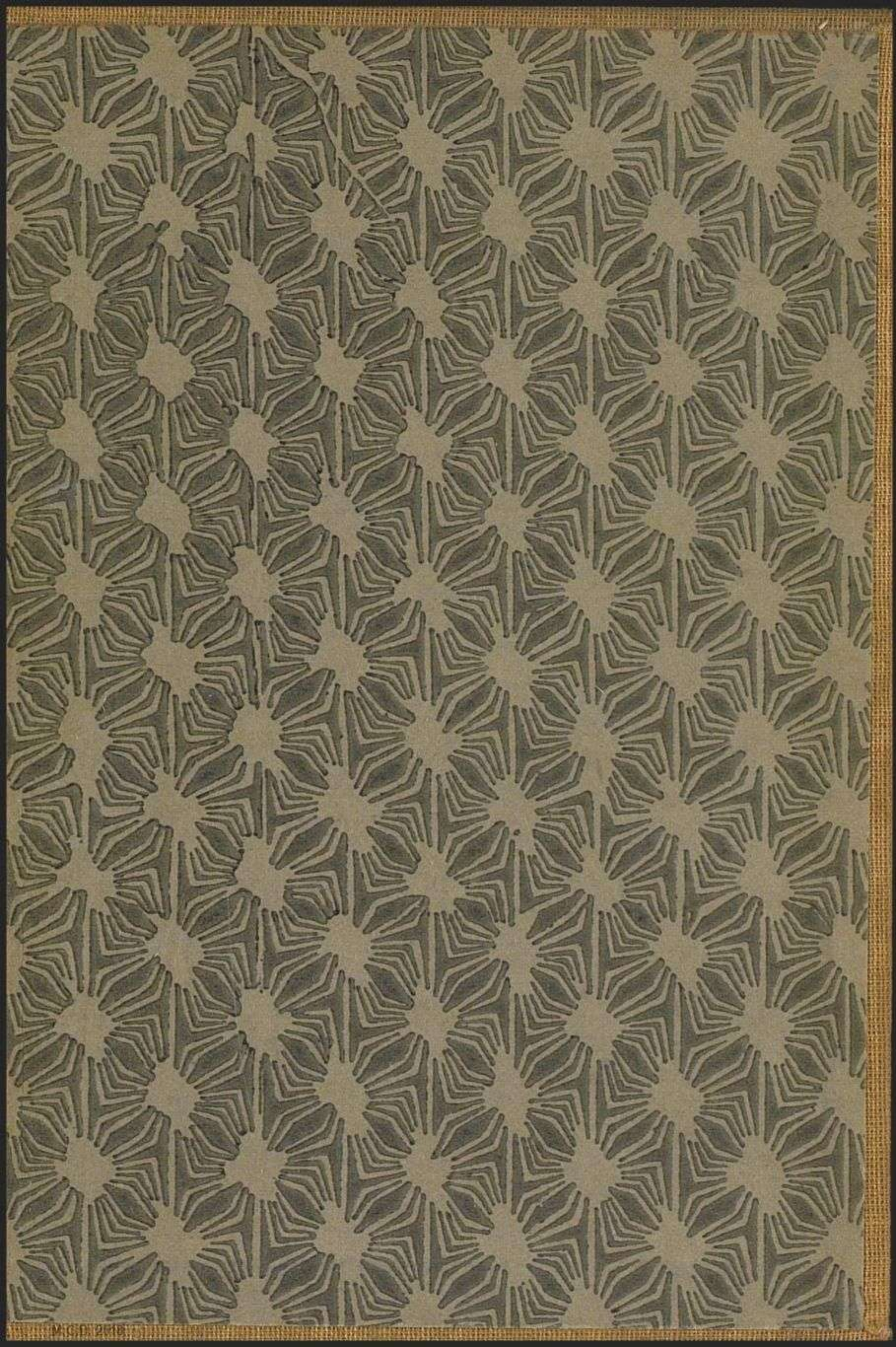
Programa de Dibujo, dividido en seis grados, muy útil para oposiciones, por Esbry.....

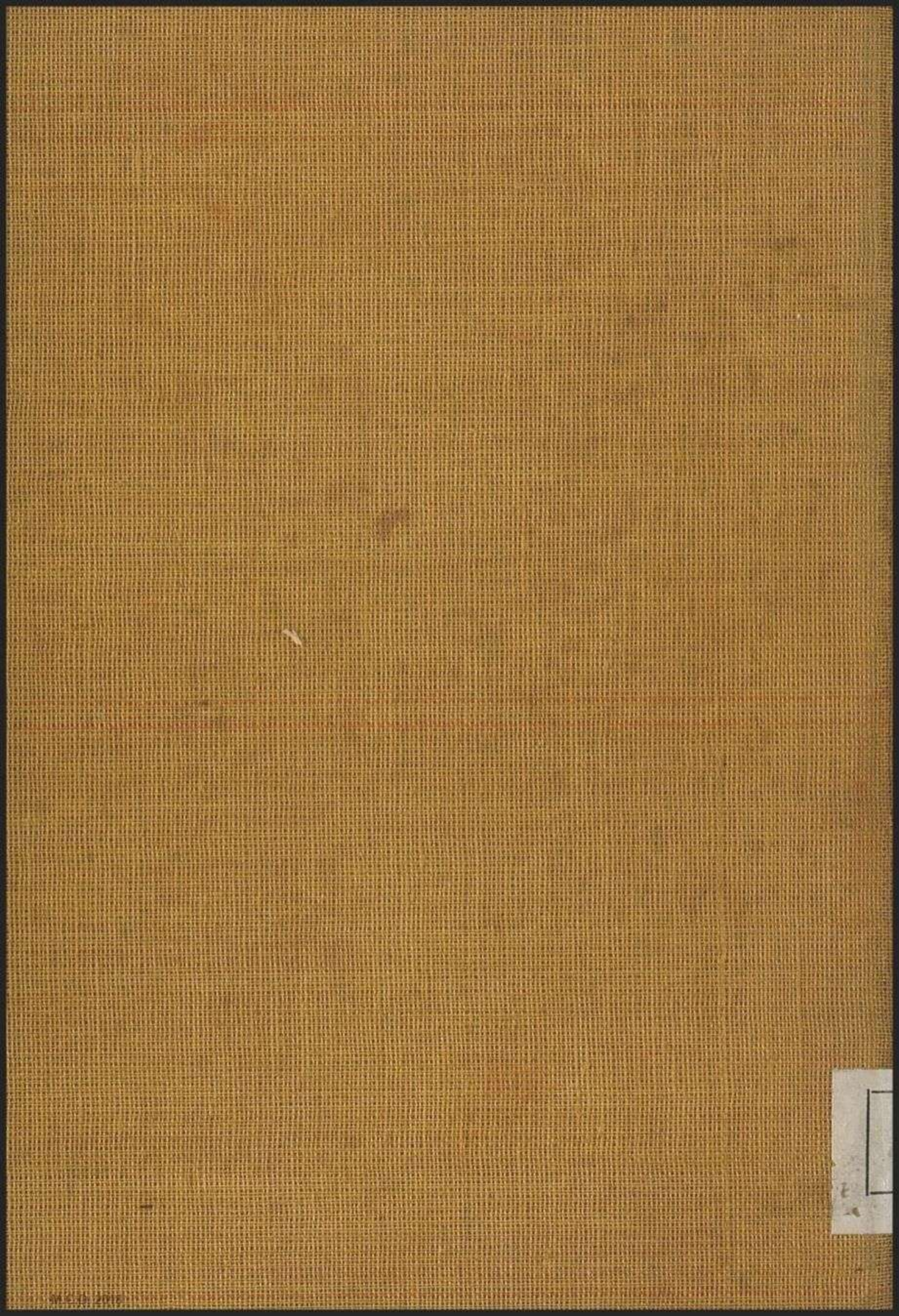
1,25

Libro de asistencia escolar. De 50 hojas, 3 pesetas; de 100.....

5







L
17062

X-rite

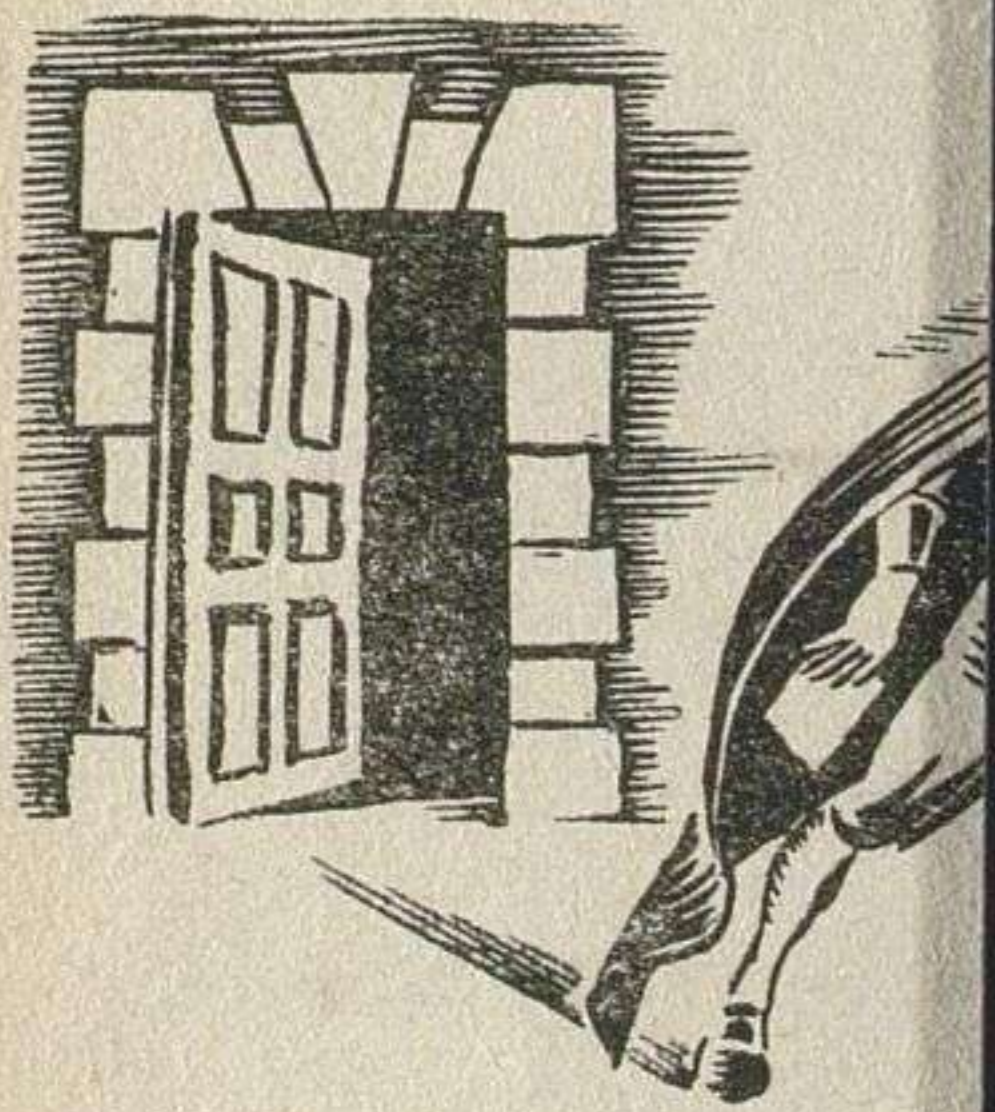
ColorChecker CLASSIC

BACHILL

¿De la porra? Aguarde

CAMINAN

¡Id con todos los diablo
pongáis vosotros mismos.



60

